SOS: FRAGMENTOS DE UNA NACIÓN HERIDA

Rolando Alonso Delgado Rodríguez



Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades - ECSAH

Grupos de Investigación: Sumeco y Subjetividades y sujetos colectivos

Sello Editorial
Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

SOS: FRAGMENTOS DE UNA NACIÓN HERIDA

Autor:
Rolando Alonso Delgado Rodríguez

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA (UNAD)

Jaime Alberto Leal Afanador
Rector

Constanza Abadía García
Vicerrectora académica y de investigación

Leonardo Yunda Perlaza
Vicerrector de medios y mediaciones pedagógicas

Edgar Guillermo Rodríguez Díaz
Vicerrector de servicios a aspirantes, estudiantes y egresados

Leonardo Evemeleth Sánchez Torres
Vicerrector de relaciones intersistémicas e internacionales

Martha Viviana Vargas Galindo
Vicerrectora de inclusión social para el desarrollo regional y la proyección comunitaria

Einar Iván Monroy Gutiérrez
Decano Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades (ECSAH)

Juan Sebastián Chiriví Salomón
Líder Nacional del Sistema de Gestión de la Investigación (SIGI)

Martín Gómez Orduz
Líder Sello Editorial UNAD

863.6
D352

Delgado Rodríguez, Rolando Alonso
SOS: Fragmentos de una nación herida / Rolando Alonso Delgado Rodríguez. -- [1.a ed.]. -- Bogotá: Sello Editorial UNAD/2026 (Grupos de Investigación: Sumeco y Subjetividades y sujetos colectivos)

ISBN: 978-628-7857-57-5
e-ISBN: 978-628-7857-58-2

1. Microrrelatos colombianos 2. Violencia en Colombia 3. Conflicto social 4. Literatura colombiana contemporánea 5. Narrativa breve I. Delgado Rodríguez, Rolando Alonso.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad Nacional Abierta y a Distancia.

SOS: Fragmentos de una nación herida

Autor: Rolando Alonso Delgado Rodríguez

ISBN: 978-628-7857-57-5
e-ISBN: 978-628-7857-58-2

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades (ECSAH)

©Editorial
Sello Editorial UNAD
Universidad Nacional Abierta y a Distancia
Calle 14 sur No. 14-23
Bogotá D. C.
Agosto de 2026

Corrección de textos: Milena Espinosa Manrique
Diagramación: Hipertexto - Netizen
Edición integral: Hipertexto - Netizen

Cómo citar este libro: Delgado Rodríguez, R. A. (2026). SOS: Fragmentos de una nación herida. Sello Editorial UNAD. https://doi.org/10.22490/UNAD.9786287857582.

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons - Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional.
https://co.creativecommons.net/tipos-de-licencias/

RESEÑA DEL LIBRO

SOS es una señal de socorro que se lee igual hacia atrás, a contraluz, al derecho y al revés, como pueden leerse en cualquier orden los relatos que conforman este libro. En total, son ciento cuarenta y cuatro fragmentos de una nación herida, con la inmediatez del microrrelato para explorar realidades invisibilizadas. Las tres partes que conforman esta colección corresponden a las franjas invertidas de la bandera de Colombia: *Sangre* (rojo), *Obsesión* (azul) y *Saciedad* (amarillo).

El libro inicia con *Sangre*, en la que el conflicto armado comparte protagonismo con otras violencias que cargan el escenario de dolor, clasismos, desplazamientos rurales y desigualdades. Luego, sigue *Obsesión*, en la que la violencia es interna, individualizada e íntima, con estímulos recargados de una modernidad que agrieta el territorio de las emociones. Al final, más que sociedad, hay *Saciedad*, en la que las realidades se mezclan y parecen balancearse con narrativas fantásticas, a veces absurdas, que se difuminan entre el onirismo y el olvido.

Finalista del Premio Nacional de Libro de Cuentos Julio Paredes en dos ocasiones, 2021 y 2023, esta colección de relatos escarba en cicatrices sin sanar con un escalpelo poético.

RESEÑA DEL AUTOR

Rolando Alonso Delgado Rodríguez (Rolando D) es periodista radial de programas educativos, deportivos y culturales, adscrito a la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), en el programa de Sociología. Ha publicado los libros de relatos: *Un ángel negro* (2006), *Cuentos coitos y coitos largos* (2011) y *Juegos de niños* (2015). Fue ganador del *Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá 2018* del Instituto Distrital de las Artes (Idartes) y finalista del *Premio Nacional de Libro de Cuentos Julio Paredes* en el 2021 y el 2023; también recibió una mención de honor del *XII Premio Nacional de Cuento La Cueva* 2024.

CONTENIDO

Reseña del libro 4
Reseña del autor 5

SANGRE 10
Intensidad 10
Adopción 11
Desolación 12
Blanqueo 14
Statu quo 15
Abracadabra 17
Intimidación 18
Libertad de expresión 19
Confusión 20
Necrocracia 21
Profesionalismo 22
Pietà 23
Represión 24
Canje 25
Género 26
Opinión 27
Parranda 28
Revelación 29
Zigzag 30
Capítulo MMXXVI 31
Nostalgia 32
Barbarie 33
Firmeza 34
Veracidad 35
Giros 36
Sacrilegio 37
Equidad 38
Cita 39
Perdida 40
Decoloración 41
Metáfora 43
Urbanidad 44
Simón el estilista 45

OBSESIÓN 47
Receta 47
Burnout 48
No me despiertes mientras suspiro 49
Coyunturas 50
Pánico escénico 51
Impotencia 52
Dédalo 53
Delirio 54
Esperanza 56
Búsqueda 57
Desorientación 58
Precaución 59
Platón 60
Distracción 61

Terapia 62
Posesivo 63
Ruidos 64
Insistencia 65
Motivación 67
Identidad 68
Lección 69
Convivencia 70
Excitación 72
Cumpleaños 73
Monotonía 74
Idealización 75
Límbico 76
Siluetas 77
Alienación 78
Yerro 79
Libídine 81
Laxitud 82
Silencio 83
Rastreo 84
Adicción 85
Desazón 86
Desmoronamiento 87
Legislación 88
Caída 89
Olores 90
Ilusión 91
Bloqueo 92
Idea 93
Martilleo 94
Hastío 95
Vicio 97
Emprendimiento 98
Incomodidad 99

SACIEDAD 102
Literal 102
Génesis 103
Creación 105
Horas muertas 106
Bogotá 107
Capricho 108
Flashmob 109
Elección 110
Intriga 111
Salvajismo 112
Desenvoltura 113
Halloween 115
Crónicas y reminiscencias de tanta fe en Bogotá 116
Recuerdo 117
Fortaleza 118
Sepelio 119
Desintegración 120
Generosidad 121
Rutina 122
Propuesta laboral 123
Puntualidad 124
Contratiempo 125
Entrevista 126
Maestría 127
Rapto 128

Rebeldía 129
Limpieza 130
Franqueza 131
Cascarón 132
Retraso 134
Impasibilidad 135
Persuasión 136
Turismo 137
Bibliofilia 138
Plegaria 139
Doctrina 140
Gremios 141
Confianza 142
Truco 143
Protozoo 144
Salud 145
Lenguaje 146
Capítulo XC 147
Babel 148
07/05/24 149
Exclusión 151
Corazonada 152
Resignación 153
Ingenuidad 154
Vanidad 155
Alocución presidencial 156
Vacilación 157
Decoro 158
Cortesía 159
Cara y cruz 160
Renacer 161
Maneras 162
Tentación 163
Ambición 164
Enseñanza 165
Invasión 166
Sazón 167
Bienestar 168
Subalternidad 169
Desechos 170
Última página 171


S A N G R E

INTENSIDAD

El llanto infantil no fue atendido por la mamá —que solía fregar trastos y chiros, pisos e inodoros, con una oreja pegada a la cuna—, ni por el padre —habituado a llegar a esa hora, directo al cuarto del niño—, ni por los tíos y los abuelos —que competían por apapachar al cuba de la familia—, ni por los vecinos —que excusaban el chisme por la estrechez de las paredes—, ni por los hermanos de la iglesia —más metiches y criticones que los vecinos–, ni por los representantes civiles y las autoridades legales —que invadían la privacidad doméstica cuando les venía en gana—. El chillido tampoco halló consuelo, ni siquiera un receptor, cuando se desparramó como espuma de leche desde la alcoba hasta el fregadero, rodeó la cocina, tanteó el retrete, se meció en las hamacas y salió al solar comunitario. El berrido tejió decibeles y alcanzó la calle, estiró su chorro por las aceras inexistentes, se bifurcó, saltó los linderos y flanqueó las consignas de las paredes hasta rebasar los confines de la aldea, sin ser atendido por nadie. Esa tarde chillaron más fuerte los fusiles.

ADOPCIÓN

El coqueteo de la lluvia los apuró a sacar las últimas balotas. Los niños voceaban los números que sacaba el maestro de ceremonias como si compitieran por demostrar sus conocimientos. La tómbola era una jaula desvencijada que olía a mierda de mirlo; los cartones estaban hechos con cajas de fécula de maíz, numerados con crayolas por el reverso; las balotas eran amasijos de papel periódico y engrudo; los premios eran catorce oportunidades de adopción para mujeres sin hijos; el administrador del cementerio hacía las veces de maestro de ceremonias. Era el tercer sorteo que se hacía en el pueblo.

La anciana estrujó el cartón en el pecho, junto a una camándula, una foto descolorida y un escapulario. Inclinó la cabeza y cerró los ojos, como las demás mujeres, y solo levantó la vista para corroborar que el último número del sorteo, enarbolado por el maestro de ceremonias, era el mismo que ella apretaba en la mano. La gritería de los niños lo confirmaba.

La balota vino acompañada de una gota de lluvia que le aguó los ojos. Después de tantos años con un hijo desaparecido por la violencia, ahora podía adoptar una fosa en el cementerio, aunque estuviera vacía, para depositar las lágrimas.

DESOLACIÓN

En ese país tejido con muerte no le permitían morir. Quitarse la vida era considerado un delito contra las sanas costumbres de la estructura social. Era inmoral y pervertido. Y él se reconocía como un ciudadano íntegro que respetaba las leyes, aunque no estuviera de acuerdo con muchas de ellas. Por esa integridad se había suicidado, no le había pagado a uno de los tantos sicarios que revoletean como moscas sobre la miseria.

Pretendió terminar su vida con las alternativas legales que tenía al alcance. Imploró la sedación terminal para mitigar el dolor, pero le fue rechazada porque su sufrimiento no era físico, sino psicológico. Alegó que esa anomalía se somatizaba, se ramificaba desde el cerebro y le paralizaba el cuerpo, lo convertía en una carga y en un estorbo para la sociedad. Utilizó los estrados judiciales, los organismos humanitarios, las huelgas de hambre, los telenoticieros, las enmiendas legislativas y las recolecciones de firmas. Nunca halló la venia jurídica para desprenderse de una vida que le pesaba.

Alegó que los tormentos psíquicos eran insufribles y lo hacían maldecir la llegada de cada día. Los medicamentos hormonales no atenuaban el dolor, explicó, ni la estadía periódica en clínicas de reposo, que representaban un gasto irrecuperable para el tesoro público. Se lamentaba de haberse convertido en una carga social, en un moribundo del alma incapacitado para producir en una sociedad competitiva —no producía ni lástima—, a la espera de un final ineludible que podía agilizarse con un ajuste a las leyes.

Invocó que el derecho a la muerte debería ser básico e incluyente, como el derecho a la vida, y ante la impotencia de sus peticiones, esgrimió el filo de la ironía para hacerse oír. Arremetió, entonces, contra los vicios legales que nadie se atrevía a criticar: el consumo de licor, tabaco, azúcar, grasas saturadas y demás sustancias corrosivas que representaban un *suicidio lento*, una prueba fehaciente de que en el país sí existía el *suicidio asistido*, el mismo que tantas veces le negaron por ser ilegal, cobarde y amoral.

A sus denuncias repetidas y reflexivas, se unieron las familias de los desahuciados clínicos a quienes también les negaban la eutanasia. Pacientes sumidos en la depresión y la ansiedad que compartieron el sentimiento de excusión social y legal, acompañados en poco tiempo por apolíticos, anárquicos, aspirantes a suicidas, neuróticos, desempleados, marchantes profesionales, estudiantes públicos y rebeldes privados. Por esa época se reconocieron las cartas anónimas de los asesinos humanitarios, que ofrecían quitarle la vida para acallar la mojigatería de los dirigentes de la nación.

Fue así como su lucha por la inexistencia lo hizo existir, ser visible en una sociedad de la que quería desaparecer. En ese contrasentido surgieron las hipótesis sobre una casualidad macabra o una alevosía cínica de su final, sobre si fue un homicidio casual

o un suicidio premeditado, si fue un revés del azar o un alcance de sus ideales sin trasgredir la normatividad. Se había convertido en un líder de los desesperados, una mente brillante que debía intuir la suerte que le aguardaba en un país donde el deporte nacional es el exterminio de los líderes sociales.

BLANQUEO

Lavamos lo que necesites
Cortinas — Disfraces — Guerreras
Experiencia — Domicilios — Eficiencia
Megalavandería Colombia

STATU QUO

No le permitieron convertirse en una asesina. Las niñas debían ser delicadas, le dijeron, sin pataletas ni resentimientos porque no era la primera chiquilla, ni sería la última, en ser abusada por un familiar.

—¿Así sucedió? ¿Con esas palabras?

— Así lo veo de adulta. En esa época era una mocosa que no veía por la ira.

—¿Y estaban seguras de poder matarlo?

— De eso se trata la inocencia, doctora, de creer en todo.

La primera vez que vio sangre en la falda de su compañera de pupitre evitó las preguntas impertinentes, pero se lo comentó a su hermana mayor. La hermana conjeturó que su compañerita pudo haberse desarrollado temprano, antes de los diez años, ya había escuchado sobre casos similares, o que pudo fracturarse en un columpio, mancharse con moras o recibir una zurra en su casa por meterse en donde nadie la llamaba.

—¿Le contaron a alguien mayor a ustedes?

—Se lo conté a mi hermana, que tenía dieciséis. Mi compañerita se lo comentó a la mamá, pero ella no le creyó. O pudo creerle, pero le salió con esa perla: que no era la primera ni la última y que eso pasaba hasta en las mejores familias.

La tercera vez que le vio sangre en la falda se atrevió a hablar, de amiga a amiga, y le ofreció apoyo en caso de que la estuvieran maltratando. La compañerita no respondió, la evadió. Faltó una semana a la escuela y, cuando regresó, parecía retraída, extraviada, como si viniera de otro planeta.

— Doctora, por esos días me lo confesó. No podía ocultarlo más. En cualquier momento se le iba a salir. Ya estaba rota por dentro.

—¿Y en esos días planearon el homicidio?

El malnacido aprovechaba que la madre de la niña salía a trabajar de madrugada. Abusaba de la criatura en la mañana o en la tarde, cuando salía para la escuela o cuando regresaba a la casa. El resto del día veía televisión, se rascaba las bolas y dormía. Durante esa siesta planearon asestar el golpe. Un cuchillo vengaría la sangre que desgarraba a la chiquilla.

—¿De quién fue la idea?

— Mía, porque ella solo pensaba en morirse.

El día señalado para la ejecución también la violó, y lo hizo con más persistencia desde entonces, cuando las niñas fracasaron en el plan homicida. Tuvieron que dar explicaciones sobre el atentado, cara a cara con el maldito violador y con la madre de la víctima. Las obligaron a pedir perdón, a humillarse, a jurar silencio para reparar las calumnias. También les prohibieron mantener la amistad. Y amenazaron con dejar sin escuela a la pequeña embustera.

—¿Por qué no le contaron a un profesor o a otro adulto?
—Porque la incomprensión duele más, doctora. Por eso, cuando ella dejó de comer, yo la apoyé con una huelga de hambre improvisada.
Botaron la comida en secreto. Se la daban a los perros, gatos y puercos. En poco tiempo, la debilidad la hizo transparente. Cayó en cama. A su compañerita continuaron desangrándola, hasta que fue vencida por la anemia. Falleció así de chiquita. A los nueve años ya le pesaba vivir.
—Y desde esa época usted odia al universo masculino.
—No tengo más para decir, doctora.
—El silencio no es buen consejero.
—En esa época aprendí que el buen consejero guarda silencio.

ABRACADABRA

Me uní a la caravana por curiosidad. En mi vasta experiencia como mochilero había encontrado caminantes solitarios, parejas, tríos, grupos reducidos de cinco o seis viajeros, pero era mi primera experiencia con esa avalancha de gente, con carreteras atestadas de andariegos de todas las edades y tamaños, con animales domésticos y corotos, como si fuera una región de nómadas o de eternos penitentes con sus casas a cuestas.

—No somos gitanos ni cirqueros —me explicó un joven de la caravana—, pero sí tenemos algo de magos.

Más por respeto que por duda, acepté el desafío del muchacho para corroborar la supuesta magia del grupo en la próxima ciudad, pueblo o caserío. Fue así como me retrasé de la caravana mientras atravesaban una pequeña ciudad. Después de que el grupo abandonó las calles, esperé un tiempo prudencial para preguntar a los ciudadanos por esos caminantes que acababan de pasar. Para mi sorpresa, nadie los había visto. Nadie recordó a aquellos ancianos, mujeres y niños cargados con bultos y animales domésticos. Ninguno los vio transitar por sus calles en una romería penosa. No escucharon los lamentos, no advirtieron los harapos ni los rostros macilentos. Las víctimas de la guerra tenían la facultad de hacerse invisibles.

INTIMIDACIÓN

El niño notó que los adultos ocultaban las manos en aquel silencio plomizo, como si no supieran qué hacer con ellas. Las metían en los bolsillos, tras la espalda, bajo los brazos cruzados, entre las piernas, sobre las bocas, en las mochilas, sobre los sombreros, bajo las orejas, entre las comisuras de la vergüenza. Se lo quiso comentar a la mamá al oído, pero ella le abrió los ojos para exigirle compostura. Los ojos gigantes le advirtieron que evitara cualquier comentario sobre el pequeño ataúd, donde no velaban a un enano ni a un recién nacido, como todos los presentes sabían.

—¿Una mano sin cuerpo también es cuerpo del delito? —preguntó en susurro.

La mano materna lo pellizcó para exigir silencio. Otras manos podían tener oídos.

LIBERTAD DE EXPRESIÓN

Lo embistieron de espaldas con una *o* y, antes de intentar defenderse, lo apergollaron con una *ve*. Lo ataron con *eles*. Le martillaron las coyunturas con una *te*. Escarbaron en sus entrañas con una *jota*. Lo amordazaron con una *hache*. Le incrustaron tildes entre las uñas, *íes* en los párpados, *zetas* en el cerebro, paréntesis en los oídos, *equis* en los recuerdos y puntos suspensivos bajo el esternón.

—Todo lo que diga podrá ser usado en su contra —le recordaron, entre comillas.El periodista cayó y calló.

CONFUSIÓN

El niño que apachurró la maqueta del colegio culpó al niño de atrás por haberlo empujado. Discutieron sin escucharse y se señalaron sin retractarse, azuzados por los primeros niños que, sin haber sido testigos directos, tomaron partido por uno u otro de los enfrentados. En poco tiempo se formaron dos bandos a lado y lado del colegio apachurrado. Los del lado derecho señalaban a los del lado izquierdo con el índice izquierdo, y los del lado izquierdo, con el índice derecho, a los del lado derecho.

Los niños se siguieron amontonando a lado y lado, y se siguieron acusando. Incitados por los niños mayores que pasaban por allí y que también tomaron partido por uno u otro bando, como si fueran testigos directos del suceso, redoblaron sus ofensas. A lado y lado se sumaron los contrincantes de derecha e izquierda, formando un círculo sobre el colegio apachurrado. Entonces, dejaron de discutir con el otro bando y lo hicieron entre sí, en cada uno de los lados, porque unos estaban más a la derecha o más a la izquierda de los otros del mismo bando. El círculo se cerró sobre el colegio devastado. Los últimos en llegar hablaron con la misma autoridad de los que decían ser testigos directos y se mezclaron en círculo con el círculo del otro bando.

Llegó el momento en que los de la izquierda se situaron a la derecha de los de la derecha y los de la derecha, a la izquierda de los de la izquierda y a la izquierda de los de la derecha iniciales, que se confundieron con los de la izquierda iniciales. Se señalaron unos a otros con los índices izquierdos y derechos: señalaron a los del otro bando del lado contrario y a los del mismo lado de los contrarios, al contrario y al mismo del mismo lado, al contrario del contrario y al otro, al mismo del mismo y al contrario. El timbre acabó el recreo. Se dispersaron los contrincantes. Abandonaron, en el patio, el colegio apachurrado.

NECROCRACIA

Con los campanazos de la iglesia se levantaron los cadáveres de las tumbas. Abandonaron el cementerio con paso desmañado. Desfilaron por las calles en un silencio sepulcral, sin perturbar la tranquilidad de los ciudadanos, con disciplina y responsabilidad. No persiguieron a nadie ni devoraron cerebros. Los cadáveres recientes y los esqueletos antiguos, olvidados o recordados, en un ambiente festivo, bordearon las plazoletas, hicieron fila bajo los toldos, aguardaron el turno, depositaron el voto en las urnas y regresaron a las fosas, como ocurre cada cuatro años.

PROFESIONALISMO

Ocurrió a pocos pasos de donde se ocultaba. Pudo contemplar el rostro tranquilo del hombre, indiferente de lo que ocurría a su espalda. Parecía lleno de vida, ajeno al otro individuo que se acercaba por detrás y le apuntaba con un arma a la cabeza. No le advirtió que estaba corriendo peligro con un ruido, un grito, un gesto o una mirada. Tuvo tiempo para salir del escondite y alertar a la víctima. Prefirió esperar esa lengua pentecostal que dicen recibir los destinados al éxito. Juró escuchar una voz: “Dispare”. Y disparó cinco veces la cámara fotográfica, antes y después del balazo.

PIETÀ

La bala abandonó el cañón con una bocanada de fuego que desgarró el aire, doblegó al viento, silbó sobre partículas de polvo y surcó una estela entre las gotas microscópicas que abrieron paso a su altanería, una pandilla de insectos sintió el zarpazo del trueno que le seguía; atravesó las sombras de un enrejado; rozó la mano de un hombre; recibió su respiración húmeda, el eco amortiguado del suspiro; apenas pellizcó el dedo, y se incrustó en el pecho sin esfuerzo, con un clic apenas audible, como el chasquido de un muro antes de caer.

El hombre sintió el ramalazo antes de escuchar el estallido, le trastabillaron las rodillas, le estalló un volcán en los párpados y se le desgajó la vejiga contra su voluntad. Cayó en una posición ridícula, a los pies de la mujer que lo acompañaba, quien se apresuró a levantarlo. La cabeza y el brazo del hombre baleado se desgonzaron como melcochas en los brazos de la mujer. A ella se le escurrieron los dobleces del vestido y los pliegues de las mejillas.

—Jueputa, me mataron —musitó él.

—A mí también —gimió ella, ilesa.

REPRESIÓN

Los pollitos dijeron:
—Pío, pío, pío.
Y desaparecieron.

CANJE

Recorrió en punta de pies el trayecto trazado para los visitantes, desde los Papás Noel de la entrada hasta los reyes magos que no terminaban de arribar al *baby shower*. A esa hora descansaban las figuras de sus oscilaciones (el herrero no herraba a la orilla del manantial de papel aluminio, donde los cisnes gigantes giraban y las lavanderas restregaban prendas más grandes que las casas) entre la oscuridad y los destellos de las luces intermitentes, que permanecían encendidas en la noche, igual que el resto de las ventanas titilantes de la ciudad.

Tras los trineos estancados sobre pistas de algodón, atravesó un desierto sobrepoblado con camellos, ovejas sin trasquilar, elefantes enanos, fieras selváticas y osos polares con las mandíbulas abiertas. Luego, se encontró con pistas eléctricas de trenes entrelazadas, una profusión de ríos y cascadas con molinos, iglesias coronadas con cruces —una cruz futurista para prevenir al recién nacido—, un helicóptero y una nave espacial —que pudieron pertenecer a Poncio el piloto—, y un pueblo sofisticado hebreo-greco-romano-egipcio-asirio-sajón, intermitente, estático, con pastores en camionetas de lujo que evitó despertar en punta de pies y aldeanos afuera de las aldeas porque no cabían adentro.

Pasó entre los pastores y los reyes magos petrificados (el calvo arrodillado, el metrosexual *yo no fui* y el negro que dejaban de último), entre el burro y el buey que mascaban sin mascar hilachas de heno. Sin atreverse a mirar a la virgen y al carpintero, extrajo al Niño Santo de las pajas sagradas y lo acunó entre los brazos, con cuidado extremo, como si temiera despertar a un muñeco con los ojos abiertos. Descaminó el trayecto del Nacimiento y ocultó al Niño Dios en un baúl, entre los chécheres de la parroquia. Regresó a la paja ahuecada y depositó una nota sin firma:

Me salieron ampollas por las camándulas y avemarías, y nada del milagrito.
Mamá linda, se lo ruego de mamá a mamá.
Yo también tengo un hijo secuestrado.
(Y abajo de la nota, a medio tachar) Ojo por ojo, hijo por hijo.

GÉNERO

Dejó caer el comentario en un pasillo de la empresa, como por azar, para que el torbellino del chisme lo incrustara en el oído elegido. Confiaba en que la muy perra abandonara su sitio de trabajo y olfateara el rastro de su marido.

La imaginó con una furia corrosiva en dirección al apartamento. En cualquier momento abandonaría el taxi, amenazaría al portero del edificio para que guardara silencio, subiría con prisa los doce pisos más extensos de su miserable vida, alterada, resentida, y antes de entrar con gruñidos de zorra herida, pegaría la oreja a la puerta para confirmar algún ruido. Luego, abriría con precaución la puerta del apartamento. A él lo encontraría atado a la cama, desnudo, bajo el cuerpo de ella que simularía desconcierto. La ira de la esposa se encargaría del resto.

—Por eso debes estar atado y cerrar el pico —dijo ella y le mordió una tetilla.

—Sigue siendo un crimen —alegó él y buscó algún titubeo en los ojos de su amante.

Ella le recordó que podían absolverla por defensa personal, por resguardar la vida, la integridad física, el libre desarrollo de la intimidad. Un homicidio sin dolo si sabía victimizarse.

—Por ser hombre te condenarían por *feminicidio*.

OPINIÓN

El periodista lo abordó en las escalinatas como en un encuentro imprevisto. Habían acordado denunciar la inequidad social, los crecientes márgenes de pobreza y desempleo, la indolencia ante la corrupción, el atropello sistemático y violento a los opositores políticos, pero se salió del guion y le preguntó a bocajarro si en el país se respetaba el derecho a la protesta.

—Creo que sí —respondió el entrevistAdo después de titubear—. Por eso estamos aquí.

—Es un gobierno totalitario que atropella los derechos fundamentales.

—Pero tenemos derecho a protestar. Hoy llenamos las calles y la plaza pública.

Las réplicas del periodista fueron enérgicas y caldearon el ánimo de los manifestantes cercanos, que agredieron al entrevistado por traidor y vendepatrias. Tuvo que ser auxiliado por una ambulancia que se hizo viral en las redes como símbolo de la violencia policial.

PARRANDA

Por no saber bailar, fue el primero en embriagarse, aunque intentó retrasar el alicoramiento con vómitos inducidos con los dedos en la garganta. Sobre la medianoche entraron en la cantina hombres armados, *como perros por su casa,* y silenciaron la música. Quien los dirigía leyó los nombres de cinco bailarines y del muchacho que no bailaba. Sin palabras soeces, sugirió que no los ocultaran, porque ellos sabían que los seis muchachitos estaban en la cantina. Uno a uno, como si fuera a condecorarlos, los recibió en la mitad de la pista. Los invitó a salir a la calle para explicarles el motivo de su visita, *solo por un ratico*, y que luego regresarían con los demás para continuar la parranda.

Salieron en manada con la cabeza baja, como si fueran estudiantes castigados. A los cinco minutos tronó el primer disparo; una cuadra después, otro. Los esparcieron a lo largo del caserío con fogonazos que desgajaron la noche. Al que no sabía bailar le ordenaron huir para que corriera la voz de que iban a arrasar hasta con *el nido de la perra* y que tenían veinticuatro horas para largarse de la región *los hijos de la gran puta*.

—No me hagan correr si me van a quebrar —gimió, sobrio de repente—. Mátenme aquí.

El comandante le arrimo la pistola a la sien, le escupió el rostro y le disparó a los pies.

—Baile, malparido.

REVELACIÓN

La embutieron en un tubo de expulsión, estrecho y frío como el corral metálico en donde estuvo cautiva desde el nacimiento. Un chorro de aire comprimido la lanzó a ese cielo que las demás palomas llamaban libertad. Una vez en el aire, fue incapaz de desplegar las alas atrofiadas. Sabía que era una paloma, pero no sabía volar.

La mala puntería del tirador la libró del balazo que le desentumió las alas. El susto le permitió planear en el aire, lejos de la pista que acumulaba los cadáveres de las otras palomas. En su lugar, cayó del cielo un ángel con un ala perforada, la aureola torcida, la cítara partida, descalzo y desecho, como tantos ángeles de la guarda desempleados por cuenta de la violencia. Así nació la nueva atracción para los tiradores.

ZIGZAG

Desyerbaron y surcaron de cara al sol, hasta que el sol les surcó la cara. Exhaustos hasta el tuétano, se zamparon el guarapo con fervor religioso y esparcieron el cuncho como si fuera agua bendita. Subieron al campero como dos extraños, sin ganas de hablar. El tufo a cigarrillo que apestaba en la cabina los incitó a prender un chicote. Encendieron el auto y abandonaron la finca en silencio, con rumbo al pueblo, por una trocha cincelada entre las montañas. No había señal para la radio.

Avanzaron entre los zigzagueos y zarandeos que sus cuerpos conocían de memoria. Antes de entrar en el pueblo volvieron a fumar. No habían caído en un derrumbe de rocas ni en una pesca milagrosa. Fumaron en silencio, sin aludir al sol picante ni a la callosidad de la tierra. Ni siquiera comentaron sobre el estruendo que se coló en la ventana. A esa altura de la carretera podía tratarse de un cazador que ejercitaba la puntería con chuchas.

La radio del campero recuperó la señal antes de entrar al pueblo. No había música, sino comentarios y risas de una emisora capitalina. El papá se estiró para apagarla, con la aprobación silenciosa del hijo, que conducía. En ese momento debieron frenar ante la aparición de un hombre de ruana y sombrero con las palmas en alto. Un segundo hombre salió de los matorrales y los encañonó con un arma. El bamboleo del cañón los obligó a descender del campero. Papá e hijo obedecieron, sin una palabra. Sin una palabra fueron machacados a palos para que no se les ocurriera abrir la boca.

Los asaltantes dieron vuelta al campero y se distanciaron del pueblo por la misma trocha. Tras reponerse de la golpiza, padre e hijo cojearon hasta la periferia municipal, donde fueron recibidos por un retén militar. Les preguntaron de dónde venían, dónde estaba su vehículo, dónde estaban las herramientas de trabajo, por qué cojeaban, por qué temblaban, por qué se resistían a hablar.

Con culatazos los embutieron en una patrulla. Allí y en la estación policial alternaron los golpes con las preguntas: ¿dónde escondieron el arma?, ¿dónde está el francotirador?, ¿dónde están los otros compinches?, ¿dónde está el que dio la orden, ¿dónde les duele más?, ¿dónde está su familia?, bajo el ronroneo de los chistes capitalinos que escupía un radio.

CAPÍTULO MMXXVI

Donde se prosigue con el conteo de los beneficios que obtienen de la tierra fecunda los campesinos, indígenas, negros y patirrajados, tras el asedio y apaleo de los gigantes, encantadores, bandoleros, belitres y verdugos, y otros entuertos

Ninguno.

NOSTALGIA

El viento nocturno lo abofeteaba mientras culebreaba por la acera. Bebió el último cuncho de aguardiente y estalló la botella contra una pared. Le dijo a su amigo que iban a reventar maricones. Se envolvió el cinturón en el puño e hizo silbar la chapa ante el primer hombre que se aproximaba en dirección opuesta. Caminaban en una zona de tolerancia, un barrio con pasado de cristal y presente de botella, la capital gay de la capital, donde disfrutaron la infancia antes de que fuera invadido por la delincuencia.

En la intersección de dos calles principales atacó a un segundo transeúnte. Le estampó la chapa en la mejilla, pero el agredido no cayó, tampoco huyó ni demostró temor. Al contrario, retó al agresor:

—Tienen un minuto para largarse de mi barrio —amenazó, mientras se frotaba la mejilla–. No respondo si se quedan más.

El acompañante del agresor presentó excusas, paró el primer taxi que pasaba y lo metió con un empujón. Por la ventanilla vieron la avalancha de hombres y vehículos que acudían a rodear al tipo que los acababa de amenazar.

—No soy homofóbico ni estoy borracho —dijo el agresor—. Me molesta ver en qué convirtieron mi antiguo barrio.

—Jueputa, nos salvamos. Esa gente es jodida. ¿Por qué lo hizo?

—Maricadas que le dan a uno.

BARBARIE

El poema se plantó frente al tanque de guerra y le ordenó que retrocediera con versos preñados de dolor, enfrentó el misil con el símil, los cohetes con los corchetes, las ametralladoras con las onomatopeyas, escarbó verdades tediosas con garfios de interrogación, disparó apotegmas morales con sátiras (entre paréntesis) y proclamó el final del conflicto con un oxímoron.

El blindaje del tanque, a prueba de súplicas y razonamientos, puso en marcha su maquinaria y pasó por encima del poema. Lo apachurró como a un insecto que fastidia por el mero hecho de existir.

El tiempo terminó la guerra y replegó los tanques. Los hierbajos de la poesía revivieron, se levantaron en silencio, sin signos de exclamación.

FIRMEZA

Debía parecer un accidente. Al salir de la iglesia sería interceptado en el parque por el atracador. Ante el forcejeo o la posible lucha, aparecerá un segundo ladrón con un arma de fuego. Las cámaras del parque registrarán el homicidio por resistencia a un robo callejero.

—¿Y si no opone resistencia?

—No seas bobito. Ya conocemos el carácter de papá.

VERACIDAD

No había lugar para la confusión. Su rostro y su nombre competían en popularidad con los astros del deporte y la música. Bastaba con teclear ese apellido para que la pantalla se atiborrara con retratos que recordaban el escándalo político de su país. Una notoriedad que lo había alejado de su tierra. Aplaudido por algunos en sus confesiones; amenazado por otros, que se sintieron delatados.

—Oiga, pichurria, ¿ustés Bertulfo Amézquita?

Escuchó las cinco palabras a menos de cinco pasos, hastiado del atropello a su tranquilidad en el otro extremo del mundo. El tono no era el de un reportero armado con un celular para rebobinar un tema caduco. Aquella voz, forastera como la suya, se mecía en el canturreo montañero que les daba filigrana a las insolencias. El *usted* sin *d*, como la *libertá* y la *equidá* que tanto repetían en su país por carencia y *superficialidá, no joa*.

—¿Es *usté*?

No había duda, era un paisano en tierra ajena que le exigía vestirse de bonachón, de lameculos, para estampar un autógrafo o posar con una mueca para una foto.

—No soy yo —respondió, sin levantar la mirada, y señaló a su mejor amigo—. Es él.

Quería evitar a quien lo requería. Después vendrían las excusas, la foto, la mueca, el garabato en el libro o en la servilleta. Si contaba con la suerte de no ser reconocido —casi imposible si tenía en cuenta el acento del recién llegado—, su amigo le haría la segunda, se apoderaría de su nombre, de su historia, de su voz, de su popularidad reciente y, con la veracidad de su actuación, lo sacaría del embeleco.

Mantuvo el índice levantado hacia su amigo hasta que vio por el rabillo del ojo el ramalazo de luz que antecedió a la detonación. Sobre el piso, otros cuatro disparos apagaron los espasmos en el bulto que sangraba. Entonces, levantó la mirada y vio los ojos del asesino antes de huir. No había en la mirada rencor ni rabia ni rastros de maldad. Solo un matoncito a sueldo que no veía noticias, como si no le importara la realidad de su patria y solo se interesara por reconocer a los cantantes y futbolistas.

GIROS

Arribaron a la falda de la montaña en taxi, como quince años atrás, sin carro personal. Subieron la pendiente en funicular, ante la restricción de hacer el camino a pie en horario nocturno. Entraron al mismo restaurante francés, ordenaron el mismo pato a la naranja y disfrutaron de la misma ciudad que se desparramaba bajo los ventanales como una constelación adormecida.

Él aclaró, con un espasmo parecido al de quince años atrás, que, para repetir aquella noche, tendría que haber un beso al final de la cita, de vuelta en el funicular. Un beso corto y sentido, explicó. Ella sonrió y recordó que ese tema no lo habían tocado aquella noche. Volvieron a disfrutar el vino, el pianista, la conversación ligera salpicada de anécdotas pueriles y las risas, siempre las risas. Salieron del restaurante y caminaron sin prisa por un sendero empedrado. El frío de la medianoche templaba un velo sobre la ciudad.

Antes de tomar el transporte de regreso, él relató que ese lejano beso en el funicular le había marcado la vida, que aun recordaba el sabor indescriptible y que así debía saber el volver a nacer. Ella lo dejó hablar, como quince años atrás.

El funicular tardó en subir hasta el paradero del restaurante. Como entonces, serían los únicos pasajeros. Él se concentró en el propósito de ser más osado, sin detenerse en los riesgos que le importaron en el pasado, y en que debía terminar esa noche como aquella noche debió haber terminado. Ella, por su parte, volvió a creer que podía acceder a un beso, tal vez por agradecimiento, y que, si él se pasaba de listo, como quince años atrás, no dudaría en apuñalarlo.

SACRILEGIO

El niño cumplía con las planas de castigo en la sacristía:

No volveré a comer hostias con arequipe.
No volveré a comer hostias con arequipe.
No volveré a comer hostias con arequipe.
No volveré a comer hostias…

El capellán entró de sorpresa, cerró la puerta tras de sí, se acomodó en el sillón y se quitó el cinturón.

EQUIDAD

Las referencias sobre ese tipo debieron prevenirlo. La propia novia aseguraba que era un lunático carcomido por los celos, una bestia iracunda que desconfiaba de todos los machos que husmeaban a su hembra. Y a ella, por lo visto, le excitaba que la celaran.

El último sorbo de tinto no pudo saborearlo. El tipejo apareció en la cafetería y expulsó su veneno sobre ella. Él prefirió no intervenir. Tampoco tuvo tiempo para esquivar el manotazo que le planchó la mejilla. Las demás personas del lugar quedaron suspendidas en el aire.

Agitado por el golpe, le temblaron las piernas cuando se paró al frente del granuja, tensó la mandíbula, cerró los ojos y puso la otra mejilla. Esta vez no hubo más bofetadas. Los nudillos del puño le astillaron las encías, lo tumbaron sobre la mesa y reactivaron el engranaje del universo. Tardó unos segundos para levantarse y otro más para extraer del bolsillo una navaja. Solo necesitó dos zarpazos para salir con la frente en alto, sin mirar a nadie, aunque olvidó pagar los cafés.

CITA

—Quietos, no se hagan matar.

El que vigilaba la puerta del restaurante bamboleaba la pistola como un encantador de serpientes, mientras el otro recogía billeteras, relojes, joyas y celulares en un maletín con tirantas. En una de las mesas, con las manos a la altura de la nuca, un comensal le hizo saber a los atracadores que su compañera estaba muy impresionada y que temía por sus antecedentes cardíacos. Prometió recompensarlos con una suma enorme de dinero si accedían a salir con él para evitarle un infarto a la dama.

Sin esperar la venia de los asaltantes, les advirtió a los demás comensales que no debían llamar a la policía porque se había convertido en un rehén. También le pidió a su compañera que lo esperara en la misma mesa, en uno o dos minutos estaría de vuelta. Una vez afuera, llevó a los ladrones hasta su coche y les entregó algo de dinero, con la promesa de darles otra parte en el cajero automático más cercano.

Los topes de retiro en efectivo le obligaron a visitar cinco cajeros para cumplirle a los asaltantes. En el último cajero, cuando uno de los ladrones estiró la mano para retirar los billetes, se abalanzó sobre él, le inmovilizó el brazo armado y lo aplastó con el cuerpo contra la pared. De la manga del suéter extrajo un cuchillo que había sacado del restaurante. Lo agredió con demencia en el bajo vientre, una, dos, tres veces, hasta que notó, tras la puerta de cristal, que el otro asaltante abandonaba el coche para auxiliar a su compinche. Con la misma pistola del primer ladrón ajustició al segundo, sin darle tiempo de comprender lo que sucedía. A los dos les propinó tiros de gracia en el suelo. Limpió las huellas de la pistola y advirtió que la cámara del cajero debió registrar la carnicería. De hecho, las cámaras que abundaban en la ciudad pudieron complementar la escena desde diversos ángulos.

Paró un taxi para regresar al restaurante, consciente de lo que tendría que afrontar en los siguientes días cuando los noticieros se ocuparan del manjar de su historia. Para el grueso de la población, sería un héroe furtivo, una copia del Batman acomplejado que se ocupaba de los malos para salvaguardar la ciudad. Otros apelarían a los derechos humanos por haberle disparado a dos hombres tendidos en el piso.

Contrariado, pidió al taxista que cambiara la ruta hacia el aeropuerto. Si las cosas iban bien, en un par de años los medios olvidarían al justiciero y se ocuparían de otra bagatela. Por suerte, había usado un nombre ficticio con la mujer del restaurante.

PERDIDA

Bajó de los caseríos por la calle de los burdeles, entre borrachos, putas, ladrones y desadaptados que le dieron la espalda. Fue ignorada por los mecánicos de motos y por sus perros ennegrecidos, y, más abajo, por los policías que se encerraron antes de prestarle atención. Tampoco le atendieron los niños a la salida de la escuela, los vendedores ambulantes, los pordioseros ni los dormilones del geriátrico que no se enteraron de su paso. Avanzó entre la indiferencia que la rodeaba y la esperanza que la impulsaba. Antes de desfallecer, un rostro se asomó a una ventana al otro lado del pueblo. La bala le estampó un beso en la frente.

DECOLORACIÓN

Sin haber estirado el brazo para que parara, el bus frenó al lado del policía, abrió la puerta, encendió una luz mortecina, esperó a que el uniformado subiera y reanudó la marcha con un bufido cansado. La oscuridad de afuera había velado cualquier letrero que indicara la ruta del bus. Adentro apenas se veía. Los escasos pasajeros iban a una distancia prudente, como en los años de las pandemias cuando se intercalaban las sillas para aislar a los asesinos potenciales.

La luz interna se apagó y delineó contornos sombríos. Sin hacer preguntas, el policía avanzó por el pasillo hasta la última fila de asientos, donde no le daba la espalda a nadie. Desde allí observó el recorrido del bus que abría con los focos la cremallera de la oscuridad. Cada vez que aparecía una figura en la carretera, aminoraba la marcha, frenaba, abría la puerta, alguien se asomaba al pasillo, no había preguntas ni saludos, otra silla se ocupaba y, con otro bufido, reiniciaba el viaje sobre la misma acuarela de sombras.

La escena se repetía con la regularidad de las flotas que recogen empleados para las fábricas ubicadas a las afueras de la ciudad. Así lo pensó el policía, dispuesto a apearse entre parada y parada, aunque la oscuridad del exterior lo acobardaba. Se consideraba un intruso en el transporte laboral, pero decidió ir hasta el final, sin hablar con nadie, a cualquier destino que lo alejara del infierno del hogar.

En una de las paradas se asomó al pasillo una hermosa joven, que también buscó los asientos traseros antes de que la luz mortecina se apagara. El policía esperó unos minutos para abordarla. Le preguntó por la ruta del vehículo, por esa rutina de recoger pasajeros que no hacían la parada. Amparada por las sombras, ella respondía con cortesías de cabeza.

—No se asuste, muñeca, soy policía.

Para ganar su confianza, le habló de la labor policial, de los logros alcanzados y de los proyectos que empezaban a decolorarse por los reveses de la vida. Dijo que estaba inconforme con su empleo, con sus superiores, con el desdén de la sociedad y con los traslados continuos que reducían su círculo social. También le habló de una desilusión amorosa. Cuernos de la peor calaña que lo sumieron en una tristeza progresiva y en un odio inaudito hacia la humanidad.

Confesó que había planeado asesinar a la mujer infiel, a quien amaba con odio, y que esa idea del homicidio también se había decolorado porque incluía finales que no podía desconocer: la cárcel o el suicidio. Esa noche, por ejemplo, había salido corriendo de su casa como un loco arrepentido, hacia cualquier parte, hasta que fue alcanzado por aquel bus que frenó a su lado para recogerlo.

La mujer giró el rostro hacia él y afirmó con la cabeza. El autobús aminoró la marcha, pero no recogió a nadie.

—Llegamos —susurró ella, como si acompañara a un niño en la lectura.

Las luces del bus enfocaron un cementerio que el policía desconocía, aunque le resultaba familiar. La luz interna se encendió y pudo ver el rostro pálido de su acompañante, con ojeras de llanto repetido y sin ninguna emoción en las mejillas exangües. La hermosa joven tenía cortes profundos en las muñecas. Adelante había hombres con sogas en el cuello y con agujeros en el cráneo. El policía se palpó la sien, incrédulo. Aún estaba húmeda, con los bordes estriados y pegajosos.

METÁFORA

Es un error considerar a quien escribe
sobre su vida como un exhibicionista.

Annie Ernaux

Le susurró al oído que no le interesaba la sangre, tampoco ser comprendida o compadecida ni llamar la atención. Bebió la copa de tequila de un sorbo. Tosió, levantó las cejas, se frotó los ojos y arrugó la boca. Tras un suspiro forzado, salpicó los labios con sal y perlas de limón, y los ofreció, entreabiertos, con la lengua desnuda.

—Sal y limón van antes que el licor —dijo él, y la reprendió con una ligera nalgada.

—Y la pasión antes que el amor —rio ella, y se lanzó a devorarlo.

El sexo fue corto y arrebatado. Antes de rendirse al sueño, ella comentó su ansiedad de mostrar el interior, sin vestigios de sangre, como el buey desollado de Rembrandt, para no caer en la chabacanería de hacer de sus entrañas un espectáculo, de sus vísceras un sensacionalismo, de su cuadro interior un nicho de compasión. Habló con metáforas diseminadas, sin importarle ser comprendida por ese mocoso que conoció en un evento literario. No le había importado exponerse como una escritora vieja y necesitada, ni había esperado a que el donjuán de vereda compartiera su vocación. Le había bastado con el salvajismo de atarla a la cama, la amenaza de desollarla, la ingenuidad y la llama.

—¿Sabes qué es una metáfora? —Los senos recobraron el color bajo el sudor.

—Antes de las preguntas, la introducción —continuó jugando él.

Ella cerró los ojos, pensó en un lápiz, en una lengua, en un puñal.

URBANIDAD

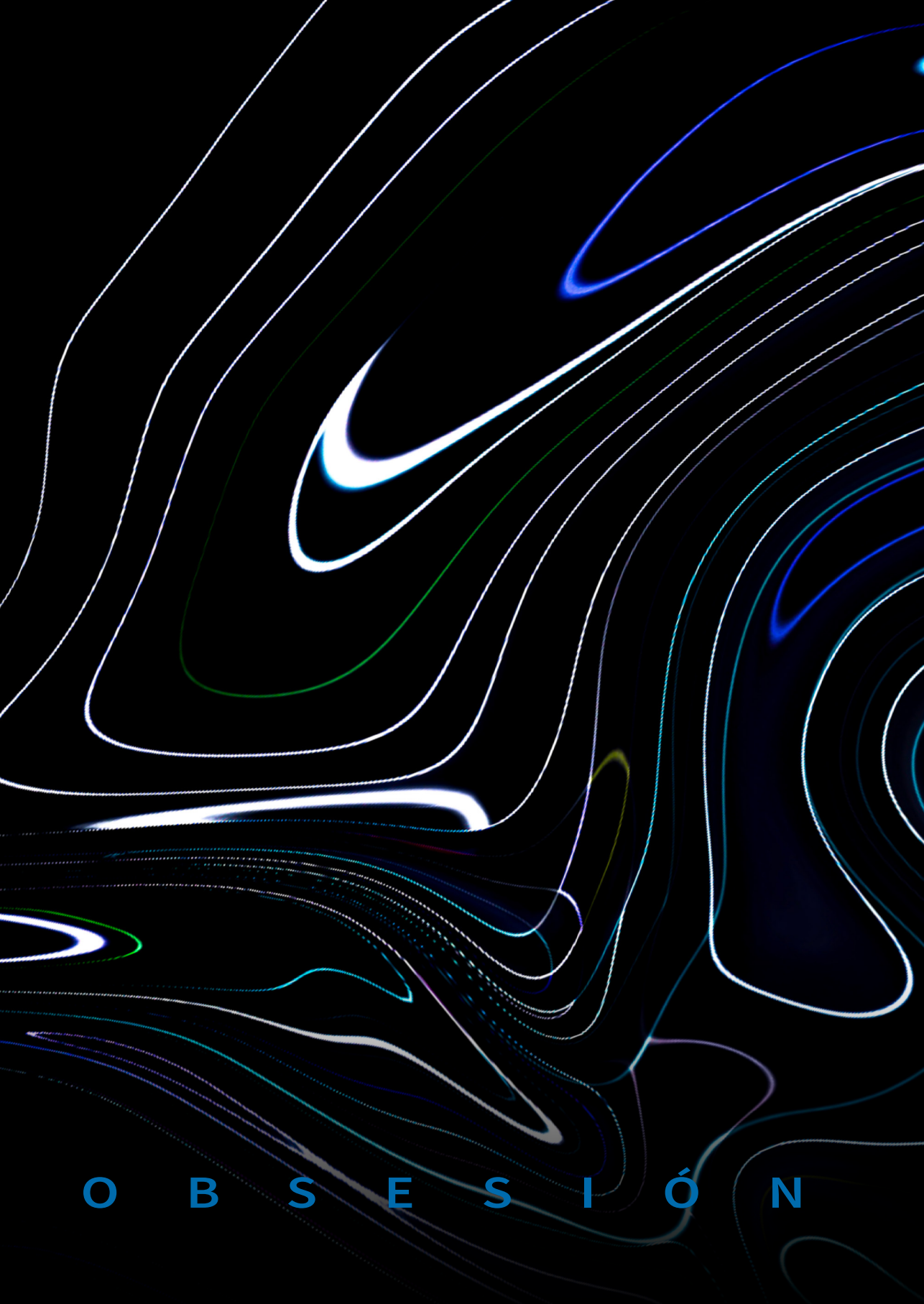
A diferencia de los otros pasajeros embebidos en sus teléfonos, él sí vio el ingreso de los atracadores en el bus: uno se sostuvo del pasamanos para saltar sobre el torniquete registrador, los otros dos se colaron por la puerta de atrás. Vio también la sumisión de los pasajeros para entregar las pertenencias, como si siguieran un ritual. La tensión de la escena transcurrió sin contratiempos, hasta que uno de los ladrones le exigió que le entregara el celular.

Respondió que no tenía teléfono, con un hilo de voz que salía entre bufidos por nariz y boca. No alardeó que no era un esclavo de la tecnología, como solía decirlo a sus conocidos, solo dijo que nunca había usado un celular, ni pensaba tenerlo. Tras la respuesta seca, con una habilidad que lo tomó por sorpresa, la hoja de un cuchillo desgajó el aire y acarició su mejilla, como si raspara una suciedad. Los demás pasajeros se alarmaron, pero no actuaron. Ellos respetaban las normas de convivencia urbana y siempre llevaban consigo algo que les pudieran robar.

SIMÓN EL ESTILISTA

Inauguró la peluquería con la pomposidad de un traqueto. En la entrada erigió una columna de diecisiete metros de altura, con una estatua suya en la cúspide de tamaño natural que tenía: el rostro alargado en forma de tijeras, una peineta por cabello, una cuchilla por boca, un delantal a modo de cuerpo, un secador en la entrepierna, una silla reclinable como trono y, en vez de cetro, un vaporizador facial. El monumento, que servía a la ciudad de pararrayos, cagadero de pájaros, faro costero, plataforma suicida, centro turístico para *selfies*, avistamiento de estrellas y práctica de *bungee jumping*, despertó rumores sobre la procedencia de esa riqueza, rumores que quiso alejar viviendo en una casa campestre, a treinta kilómetros de su negocio.

Esa noche, después de la inauguración, una tormenta eléctrica causó estragos en la ciudad. La columna de la peluquería no sufrió un rasguño, tampoco el monigote del estilista elitista que absorbió los rayos. La única víctima mortal fue hallada en una casa campestre ajena a la ciudad, a treinta kilómetros del último tentáculo de la tormenta. Aunque la vivienda también estaba intacta, el dueño de la peluquería apareció carbonizado en su cama, como una masa negra desde el cuello hasta los pies. El cabello y la barba estaban intactos, bien pulidos, como si se acabara de acicalar el cadáver.


OBSESIÓN

RECETA

La profesora de segundo grado envió al estudiante al coordinador, quien lo remitió al psicólogo y, de allí, a la enfermería, como lo sugería el *Manual escolar de construcción de capacidades y competencias e inclusión y formación para la primera infancia*, que en el capítulo 4/sección 2/parágrafo 3 vela por los "derechos de los niños, las niñas y les niñez [*sic*] con déficit de atención e hiperactividad".

Le recetaron anfetaminas para que ignorara las distracciones, y funcionó, al menos por unos meses, antes de que el estudiante perdiera el apetito y surgieran los primeros mareos en la escuela. Ante la negativa del niño a consumir los medicamentos, espolvorearon microesferas estimulantes en las comidas. El tratamiento volvió a funcionar, pero le impidió, en adelante, conciliar el sueño.

Utilizaron hipnóticos en monoterapias para superar el insomnio, y funcionó, aunque fueron necesarios los benzodiazepínicos para contrarrestar la sedación diurna residual. El estudiante sufrió, entonces, de espasmos musculares, lentitud de reflejos, incoordinación motora y sudoración. El nuevo tratamiento fue más largo y multidireccional, a veces inconexo, y debió contrarrestar los deterioros cognitivos y los indicios de amnesia lacunar.

Los residuos anestésicos alejaron al muchacho de los esfuerzos corporales (recreos, juegos en equipo, riñas, clases de educación física), malhumoraron su carácter y lo aislaron de sus compañeros. Entonces, fue víctima de acoso escolar. El matoneo castigaba sus continuos tratamientos medicinales, el retraso en el crecimiento, la misantropía y los tics faciales que empezaron a corregir con infiltraciones locales de toxinas botulínicas. Los seguimientos psiquiátricos fueron efectivos contra el *bullying* y la depresión, aunque no fue posible anular los fármacos por un cuadro severo de abstinencia.

Le otorgaron el diploma escolar junto al tratamiento terapéutico que debía seguir para la obstrucción crónica pulmonar, que había desarrollado por el consumo de fármacos desde temprana edad. La receta medicinal que requería su cuerpo era tan importante para el resto de su vida como el diploma escolar. Evidenciaba el logro de entregarle a la sociedad un individuo promedio útil, una receta exitosa para la comunidad.

—Consérvala, llévala siempre contigo —le aconsejaron sobre la receta—, para que no te vayan a confundir con un drogadicto.

Aceptó de buena gana, como un adulto responsable. Ya ni se acordaba del chiste inoportuno con la profesora de segundo de primaria, cuando no había ingerido ni una pastilla para la gripe.

BURNOUT

La carrera le alcanzó para llegar al metro, serpentear entre la muchedumbre y colarse en el último vagón. Con maniobras contorsionistas alcanzó su teléfono entre los cuerpos apiñados. Contestó una llamada del jefe y otra de un proveedor. Dio indicaciones a un subalterno, explicaciones a un cliente y reprimendas a un transportador. Prometió soluciones para el día, informes para la noche, pagos para la semana y metas para el mes. Envió mensajes de texto, de voz y de humo.

El detector de incendios del tren dio el primer aviso. Los pasajeros levantaron los rostros de los teléfonos y lo fotografiaron: un hombre de mediana edad, desgonzado entre los demás cuerpos, exhalaba humo por labios, orejas y fosas nasales, parecía un muñeco de año viejo.

El tren frenó en la siguiente estación. Sacaron el cuerpo humeante entre los videos y fotografías que publicaron los pasajeros. Otros cuerpos humeantes fueron extraídos de otros vagones, y ocuparon sus sitios con nuevos pasajeros. A ninguno de los quemados pudieron arrancarle el teléfono de las garras.

NO ME DESPIERTES MIENTRAS SUSPIRO

Como ocurrió en los últimos fines de mes, la mujer del apartamento vecino timbró después de la medianoche. Un timbre austero que no se propagaba por el edificio. Volví a abrir la puerta, la hice seguir, admiré la sensualidad de su pijama y me dejé besar y aprisionar contra la pared antes de levantarla del piso con un empellón, arrancarle la bata y llevarla a mi cama. Una vez más disfruté su compañía hasta antes del amanecer, cuando debí devolverla a su apartamento para evitar rumores en el edificio. Ella debía despertar en su propia alcoba, sola, sin reproches ni recuerdos, como todos los fines de mes cuando su esposo salía de viaje y yo, como vecino ejemplar, me hacía cargo de sus ataques de sonambulismo.

COYUNTURAS

—Estás irascible, amor.

—No estoy irascible, estoy rabona y, cuando estoy rabona, no hablo con nadie.

Ella interpuso el cuchillo y la tabla de picar para evitar un abrazo, sin siquiera mirarlo, como si le advirtiera que un movimiento inoportuno podía causar un accidente.

—Amor, te aconsejé hace cinco años desarrollar el duelo, dejarlo fluir, y hoy recomiendo que debes superarlo, no solo por tu equilibrio emocional, también por el de tu entorno.

—No quiero hablar de eso.

—Nadie tiene la culpa de ese "eso".

La mujer lanzó la tabla de picar al lavaplatos, clavó el cuchillo en una sandía, suspiró hondo y lo miró por encima de las gafas.

—Amor, te lo digo como esposo y como psicólogo. Han pasado cinco años.

Las palabras atascadas gotearon desde la sandía hasta trenzar un discurso elaborado. Le respondió que, como esposa y como contadora, ella contaba y contaba y contaba, y siempre le daba la misma cuenta: que aquella noche sus padres madrugaron para regresar a su pueblo en silencio, sin despertar a los nietos, pero que el psicólogo impertinente, el psicólogo lambón, el psicólogo hablador de mierda, tenía que levantarse a retrasarlos con despedidas repetidas, promesas incumplidas, reflexiones vacías, hipocresía de pacotilla.

—Cinco minutos antes no había derrumbe en la carretera. En las cuentas no me cuadran cinco minutos con cinco años.

PÁNICO ESCÉNICO

Por consejo del director, imaginó a los asistentes desnudos. Era su primera liturgia en un colegio infantil.

IMPOTENCIA

Salió de casa de madrugada, apurado, dispuesto a llegar temprano al gimnasio. En la sección cardiovascular encontró a un hombre parecido a él, con la misma estatura, el mismo pedaleo, los mismos gestos y rasgos. Lo miró con detenimiento por varios minutos y se vio reflejado en él, como si hubiera hallado a un gemelo extraviado. Cambió de planes para el día y de itinerario, ante el aturdimiento de verse reproducido en otra persona y en los espejos que lo multiplicaban en el gimnasio.

Camino a una cafetería para desayunar, entre la telaraña de dudas por resolver, se topó en una calle intermedia con otro hombre idéntico a él, casi un clon, hallazgo que lo horrorizó y lo obligó a buscar una iglesia cercana. En la capilla también oraba un individuo con un físico similar al suyo, y encontró otro más en el centro comercial. Las réplicas se repitieron en el transporte público, el parque empresarial, la biblioteca y el estadio, subyugando sus ganas de escapar, como si debiera rendirse ante las cámaras escondidas en un programa de televisión. Ya no corría ni trotaba ni apuraba el paso, perseguido por los gemelos o los clones que aparecían a su paso.

Oscurecía cuando decidió regresar a casa. Allí le esperaba un duplicado de él, del que había huido en la madrugada.

DÉDALO

Tras la puerta, halló dos puertas de diferente tamaño, eligió una y encontró cuatro más, luego, ocho, dieciséis, treinta y dos…, que variaban de color, materia prima, marco, cerradura y bisagras, minucias que pasó por alto y que ahora le emocionaban por su libertad de elección. Las puertas continuaron multiplicándose, como se multiplicaron su libertad y su elección. Le fue imposible devolverse, saber en dónde estaba. Una voz susurraba lamentos tras alguna puerta, se parecía a su voz.

DELIRIO

La figura era borrosa en la semioscuridad del dormitorio. A primera vista, desde la cama, le pareció ver el perfil de un hombre robusto trepado en los cajones del armario. Aguzó la mirada y descubrió a otro hombre agachado, con las manos como peldaño y la espalda de soporte. Acostumbró la vista a la penumbra y confirmó la presencia de dos forasteros en su alcoba, del tipo de *apartamenteros* que los videos de seguridad mostraban en los noticieros. Pero esos dos intrusos eran más extraños que unos simples hampones. No parecían escurrirse en la noche, sino hacer parte de la noche. Tampoco se amparaban en las sombras porque ellos mismos eran sombras, sombras condensadas que, al ser enfocadas con detenimiento, ganaron en volumen, perfilaron los detalles y diluyeron su transparencia como si brotaran de las brumas o del laboratorio del delirio.

El que trepaba al armario sobre la espalda del otro advirtió la mirada del hombre de la cama. Era un negro acuerpado con elegancia informal, que miró al de la cama con furia y le advirtió con el índice que no se metiera en asuntos ajenos. El amenazado dejó de verlos como a ladrones que asaltaban su dormitorio, puesto que no lo habían atacado ni agredido, y dedujo que podían ser residuos de una fiebre o de un trastorno delirante, incluso de una fantasmagoría, seres oníricos o irreales que cruzaron algún umbral y se hicieron visibles en esta dimensión.

Codeó a su esposa para que fuera testigo de aquel prodigio nocturno. Ella, al principio somnolienta y luego molesta por la interrupción de su sueño, juró no ver nada en el lugar que señalaba y cuchicheaba su esposo, un punto sombrío entre la puerta de la alcoba, el televisor de la pared y el armario empotrado.

—No hay nada —refunfuñó ella con siseo de víbora. No lo abrazó ni lo atenazó con las piernas para devolverlo al sueño. No se insinuó con caricias ni le dio la espalda para negarle el sexo. Extenuada, desnudó una pierna del plumón y se acomodó boca arriba en la almohada de látex—. Vuelve a dormir.

El negro robusto bajó del armario y amenazó al de la cama con gesticulaciones bruscas y un parloteo mudo para que no lo delatara. El otro intruso, quien hacía las veces de peldaño, también pidió, aunque con gestos más amables, que no los importunara. El uso de palabras silenciosas, que no llegaban a ser susurros, obligó al hombre de la cama a enfocar el oído, como lo había hecho con la vista para distinguirlos entre la bruma. El hombre peldaño se acercó a la cama y estiró una mano para que hicieran las paces. Las manos se acercaron y se confundieron en un mismo espacio, incorpóreas, como fotogramas sucesivos e imposibles que buscaban entrelazarse.

Con gesticulaciones amables, el intruso peldaño pretendió explicar el suceso, mientras el hombre de la cama, que nada entendía ni escuchaba, intentó traducir con sonidos

propios, con palabras de esta dimensión acordes a esa explicación, como si enfocara la voz y prestara su lengua para expandir las palabras del peldaño:

—¿Proyección? ¿Paralelos? ¿Planos? —más que palabras eran balbuceos acompañados con una mano en el aire que insistía en agarrar un intangible.

—Oye, me estás asustando. ¿Te pasa algo? Duérmete. Estoy cansada.

Ella juraba no haber visto la supuesta chispa que se generó cuando la mano de su esposo chocó en el aire con la mano del espectro peldaño, una conexión relampagueante que sí vio el negro robusto y que pareció colmar su paciencia, pues también se acercó a la cama, con el índice acusatorio, vociferando en el silencio de las gesticulaciones agresivas. Antes de agredirlo por delatarlo con la esposa, fue hacia ella y clavó los dedos fornidos en ese cuello flácido que ofrecía la almohada, ajeno a las súplicas del compañero peldaño, a las contorsiones de la mujer y a los alaridos afónicos del esposo que intentaba detener la asfixia.

Intentó detener la estrangulación metiéndose entre el fotograma del negro rabioso y el cuello tangible de su mujer para levantar los dedos que lo oprimían, para soltar esas tenazas a riesgo de marcar sus propios dedos en esa piel que intentaba salvar. Los ojos de su esposa se perdían entre la bruma con el último aliento, desconcertados, con las uñas desfallecidas que dejaron de aruñar al esposo ante la intangibilidad del negro rabioso.

No vio en qué momento se escabulleron los espectros, ni el negro y ni el peldaño, antes de llegar el alba. Supuso que habrían escapado por la puerta superior del armario, que dejaron abierta y por donde se asomaba la punta de una soga.

ESPERANZA

Seis días de su salario mensual equivalían al precio de la cartera, un lujo excesivo para ella. Seis días disfrutó ese lujo, de jueves a martes. Después del trabajo, de vuelta a su casa, recorrió seis localidades: Usaquén, Chapinero, Teusaquillo, Santa Fe, San Cristóbal y Usme, donde opuso resistencia en un atraco de rutina. Seis puñaladas surcaron su costado, una de ellas se incrustó seis centímetros en un pulmón.

Sus allegados escucharon la historia con horror. Se había salvado de milagro, también con esperanza. Durante los siguientes seis días, varios apostaron el 6666 al chance.

BÚSQUEDA

Contó de cinco en cinco hasta cien. Dio media vuelta, un vistazo, un primer paso, una primera duda, otro paso cauteloso, otra duda, paso, duda, paso. Y empezó a buscar.

A la hora del almuerzo creyó encontrarlos a todos, menos a uno, y buscó a ese uno toda la tarde hasta el anochecer. Lo buscó en las rendijas del insomnio, en los microsueños que retardaban la madrugada, en las primeras luces del día siguiente, tras el desayuno, atento a las pistas. Cada vez más cerca, cada vez más lejos. Cada vez más mañanas y anocheceres. Cada vez más ensueños que creían hallarlo, cada vez más pistas que lo despistaban, cada vez más abandonos y más necesidad de continuar la búsqueda del uno. Por momentos lo olvidaba. Por momentos persistía.

En más de una ocasión creyó encontrarlo. Pretendió hallarlo con su primer matrimonio, con los primeros hijos, los primeros fracasos financieros, los acosos y retorcijones del tiempo. Entonces, contaba de cinco en cinco hasta cien, hasta mil, hasta perderse entre números y búsquedas. Y volvía a contar. Se prometía terminar la búsqueda. Se atrevía a cantar, a contar, a volver a buscar.

Al final de su vida, sin fuerzas ni afán para buscarlo, estuvo seguro de dónde encontrarlo. Demasiado cerca, tras sus pasos. Demasiado lejos, tras sus fracasos. Pero simuló no haberlo visto. Permitió que siguiera oculto. No fue capaz de terminar el juego.

DESORIENTACIÓN

Despertó más tarde que de costumbre, con un destello de luz que se colaba por la cortina. A su lado, aun dormida, una mujer de mediana edad lo atenazaba con un abrazo. No era fea ni hermosa; tampoco la conocía. La noche anterior no había bebido licor hasta la inconsciencia, ni había salido de cacería en las discotecas con los solterones del trabajo. La respuesta la encontraría más tarde, de eso estaba seguro, después del sexo matutino y de despedirla de la casa sin que ella notara su olvido.

Con cautela, logró levantarse de la cama y salir al baño. Además de su cepillo de dientes había otro, también dos toallas, un peine tupido de cabellos largos y un rizador de pestañas; en el tocador había cremas, perfumes y maquillajes encajados con fastidioso orden. Desde el baño la escuchó levantarse y dirigirse a la cocina. El ruido de ollas y platos le corroboró que se había atrevido a preparar alimentos, incluso, a encender el televisor y tararear la canción de la novela con más audiencia en el país. Entonces, tuvo la certeza de que la despediría sin tener sexo, de que no le importaría exteriorizar que la desconocía, mejor para él, y que llegaría al extremo de requisarla antes de salir, porque la casa estaba llena de caletas.

Aprovechó para salir y registrar la alcoba mientras ella cantaba y movía trastes en la cocina. El dinero del armario estaba completo, pero su ropa había sido desplazada a un rincón: el mayor espacio lo ocupaba ropa femenina. Buscó en los cajones y en los demás armarios. Toda la casa emanaba esencia de mujer, orden de mujer, caprichos de mujer, perfección de mujer, naderías de mujer, y, aunque estaban sus pertenencias completas, no encontró restos de su soltería.

Se vistió en silencio. En silencio buscó la puerta de salida. El espejo de la sala lo sorprendió huyendo de su misma casa.

PRECAUCIÓN

El protagonista del relato hizo un paréntesis para salirse del libreto y asesinar al escritor que pretendía asesinarlo.

PLATÓN

Siempre había viajado adelante, en la cabina de la camioneta, pero contaba con la edad suficiente para ir en el platón. Disfrutó esa experiencia con alardes de niño maduro, incluso en el embotellamiento vehicular que los detuvo a la salida de la ciudad. En el platón no se acumulaba la asfixia de la cabina, el calor del encierro, la música del padre, las quejas de la madre. Podía mirar con descaro a las muchachitas de otros coches o saludar a las que pasaban caminando mientras el trancón los mantenía estancados.

Celebró la trocha que tomaron para sortear el trancón, preñada de olores que desconocía, de cara al viento, entre los trompicones de los baches y un paisaje colorido que podía disfrutar sin la interferencia de los vidrios polarizados. Concebía el horizonte más lejano, con nuevas formas que se fraccionaban en microformas, y estas, a su vez, en formas infinitesimales que creaban diminutos horizontes también divididos mientras avanzaban.

Cuando detuvieron la camioneta para orinar y estirar las piernas, él saltó del platón y se adentró en un bosque tapizado de hojarasca. Desoyó los llamados de la familia para que no se alejara demasiado y avanzó entre nuevos sonidos que se mezclaban y repelían. Se internó en la arboleda hasta no divisar la carretea, cuesta arriba, y se detuvo ante la enormidad de un muro que debió pertenecer a una casona abandonada, justo en la cuchilla de la loma. Estaba dominado por el miedo, pero se aventuró a escalarlo. Una vez arriba, lo espantó la niebla arremolinada que ascendía desde un risco como leche en ebullición. Tras varios minutos petrificado consiguió calmarse. Se acostumbró a la niebla y se arriesgó a bajar al otro lado del muro.

Esta es la última escena que narró con coherencia desde su regreso a la camioneta. Desde entonces, se encerró en el silencio con una mirada perdida dispuesta a revelar un secreto que nadie le reclamaba. En la comodidad del hogar intentó dar explicaciones con palabras inentendibles, como un niño alterado por las sombras. Tampoco pudo expresarse con la escritura, con letras garrapateadas sin cohesión gramatical. Perdió cualquier noción de coherencia, linealidad y sentido común. En vano, su familia le obsequió pantallas de última tecnología. En vano, intentaron volver a llevarlo de paseo en la camioneta, en la cabina o en el platón.

DISTRACCIÓN

Nada dijo del trofeo que descansaba en la repisa, arriba de la mesa de dibujo, que se tambaleó cuando el bebé apoyó las manos en el perchero para tratar de erguirse. Nada dijo de la combinación fatal de aquellos trastos empujados unos tras otros por casualidades adversas, perchero-mesa-repisa-trofeo-bebé. Nada dijo del trauma craneoencefálico ni del auxilio inútil prestado a su hijo. Nada dijo del video de seguridad del hogar que podría anular la sentencia de homicidio. Desde aquel día, nada dijo.

TERAPIA

La primera en acercarse fue una mujer de risa nerviosa; increpó al hombre a media voz, como si reprendiera a un niño ajeno. Al rato, un artista callejero aumentó el tono y el calibre de los insultos. Las primeras vulgaridades las llevó un domiciliario motorizado.

El hombre que recibía las ofensas se había instalado en la plaza, desde el mediodía, con un cartel al cuello donde se leía: "DESAHÓGUESE" y una caja en el piso para recibir las donaciones de los desahogados. A quienes se acercaban con timidez o desconfianza les aclaraba que era una terapia emocional, una limpieza de los rencores estancados para no envenenarse desde adentro. Los animaba para que vieran en él a la persona que más odiaban, a la que pretendían ofender o golpear, porque podían valerse de los garrotes de hule que él les prestaba para desfogar la ira.

Caída la tarde, se disponía a abandonar la plaza cuando un anciano le dejó dos fajos de billetes en la caja del piso. La voz senil confesó que la persona que aborrecía era él mismo y deseaba que muriera. Puso el cañón de una pistola en el centro del cartel para matarse en otro pecho.

POSESIVO

Le molestó que hubiera sonreído y que hubiera mirado en otra dirección. Tras hacerla trastabillar, se inclinó con una sonrisa y le tendió la mano. Extrajo de la chaqueta un pitillo, lo apuntó hacia ella y la absorbió sin prisa.

RUIDOS

No encontró animalejos adentro de la almohada, ni en medio de los resortes y la espuma del colchón, tampoco entre los parales y el lienzo de la base cama. Dejó a un lado el bisturí y las tijeras, y empuñó un lápiz. Escribió en un cuaderno que odiaba a su mamá, que le fastidiaba su protección y que estaba cansado de los *itos*: hijito, papito, pobrecito, cuidadito. Arrancó la hoja y la dejó en el comedor. Luego, acompañó a la azotea al niño que los demás fingían no ver.

INSISTENCIA

Pagó en el bus urbano con el único billete que tenía en el bolsillo. Ante la perplejidad del conductor, pidió el favor a los pasajeros para desmenuzar su billete por otros de menor denominación. Silla tras silla se negaron a colaborarle, algunos con desdén y desconfianza, otros, con miradas de burla y compasión.

Se quejó, entonces, por la ausencia de solidaridad ciudadana. Dijo que el billete no estaba falsificado —los instó a que lo examinaran—, tampoco era robado, ni tenía manchas de sangre o de otra materia contaminante. Lamentó no tener monedas en el bolsillo, ni billetes de menor valor. Aseguró que a cualquiera podía pasarle con el residuo del salario.

—No les pido limosna, ni estoy mendigando —aclaró—. No tienen que mirarme así.

Ante la indiferencia de los pasajeros, bramó un sermón sobre la pérdida de valores cívicos, la nostalgia por los viejos tiempos y la laxitud de las escuelas que relegaban las relaciones humanas para convivir en sociedad, para hacer favores, para amar al prójimo, para devolver el saludo y para escuchar a los viejos.

El conductor interrumpió la retahíla con un berrido. Detuvo el bus y amenazó con no arrancar hasta recibir el dinero del pasaje.

—Aquí tiene la plata, señor, no le estoy diciendo que me lleve gratis. Tome el billete. No es culpa mía que usted no lleve cambio.

—Deme lo que vale el pasaje, ni más, ni menos, o de aquí no me muevo.

Los murmullos de los pasajeros crecieron, se transformaron en súplicas, en rechiflas, en acusaciones y provocaciones. Un hombre musculoso insultó al conductor y le ordenó que pusiera en marcha el vehículo. Otro gritó que se retardaba para el trabajo. El chofer entró en cólera y empuñó una varilla. Un muchacho se puso de su lado. Dos más apoyaron al fornido. En la parte de atrás, al mismo tiempo, reventó otra refriega que involucró a cuatro indignados que se batieron a trompadas.

Cuando los policías llegaron, fue necesaria la fuerza para detener la carnicería en el bus urbano. Hombres y mujeres habían sido agresores y agredidos, con carteras, correas, puños, tacones de zapatos, sombrillas, hebillas y hasta pedazos del bus urbano que fue desvalijado. Algunos quisieron meterle fuego al vehículo antes del arribo de los uniformados.

En la comisaría los testimonios fueron parecidos. La culpa inicial recayó en el anciano del billete. El acusado no aceptó la arbitrariedad y pidió un abogado para hacer respetar sus derechos. Sacudió el billete en el rostro de los policías y reconoció que era de alta denominación, lo cual no era un delito.

—Delito —les dijo— es que lo hubiera robado. —Pero hacía parte de su último salario y podía gastarlo como le viniera en gana.

Los policías lo dejaron sermonear. Uno de ellos le aconsejó que evitara los reclamos legales, se disculpó por el malentendido y se ofreció para acompañarlo a su casa, en caso de que estuviera extraviado. El hombre del billete corroboró, tras un titubeo, que estaba perdido. El letrero del bus indicaba una ruta al sector industrial, mientras él quería dirigirse al centro histórico.

Se largó de mala gana, sin aceptar ayudas. Nadie fue capaz de decirle que la denominación del billete había dejado de circular treinta o cuarenta años atrás.

MOTIVACIÓN

Los músculos faciales se habían adaptado a la sonrisa, una expresión de *golden retriever* que no abandonaba ni en las pesadillas. Sus frases, desbordadas de optimismo, escarbaban soluciones y beneficios donde otros se estrellaban con preocupaciones. Los amigos de la infancia lo tachaban de impostado; casi nadie lo soportaba en la familia.

La sonrisa se expandió cuando arribaron sus colegas de liderazgo, con entusiasmos indelebles y perennes igual que el suyo, cada uno con una exaltación oportuna para la ocasión:

—Te harás más fuerte todavía.

—Un impulso en tu vida.

—Hay que dejar pasar lo que tiene que pasar.

—Celebrar la vida es mirar hacia adelante.

—Las pérdidas suman cuando decides no restar.

Las sonrisas evolucionaron a risas y carcajadas, ante la molestia de sus familiares y conocidos. No pudo ocultar el agrado de contar con la interacción activa de sus colegas en el velorio de su mamá.

IDENTIDAD

El elenco se dispersó, incrédulo, tras la vigésima repetición de la primera escena.

—No tienes que actuar —aconsejó el director—. Sé tú mismo.

—Es lo que hago –reclamó el actor.

Era el papel de su vida. La película que rodaban era sobre él, y él mismo protagonizaba el papel de su yo anciano, el yo de sus últimos días, quien desovillaba su propia historia hacia atrás como se deshoja una flor para encontrar la semilla.

—El público conoce al actor exitoso, al versátil, al dueño de sí —repisó el director—. Ahora mostraremos a la persona detrás de los personajes.

—Es lo que estoy haciendo, lo que intento hacer…

—Sé tú mismo. Sal de ahí.

Se quedó sin palabras, sin lágrimas, encogido en un rincón como una alimaña.

LECCIÓN

—Mejor hazme el amor —dijo ella sin titubeos, tras el beso de perdón que su marido le estampó.

No necesitó más palabras para enseñarle que había algo más intenso que el amor: la reconciliación, y, por encima del amor y la reconciliación, era más constante y contundente el resentimiento. Así se lo hizo saber, después de sedarlo, atarlo a la cama y esperar a que despertara.

—Puedo bailar para ti mientras tanto —susurró y le rasgó las muñecas con un bisturí.

CONVIVENCIA

—Estoy jodido —lamentó, como si el *whisky* le hubiera arrancado la confesión.

Reveló al amigo que una racha de mala suerte lo tenía en peores condiciones que veinte años atrás, cuando acompañaban licores baratos con paquetes y embutidos mientras fusilaban con conectores los ensayos de antropología. Los acreedores lo estaban amenazando desde hacía un año, pero contaba con un testaferro para resguardar el tesoro que pretendía enseñarle.

Condujo al viejo amigo al segundo piso donde atesoraba una colección de esculturas acumuladas en el mundo. Era el templo ecléctico que soñaron construir en sus años universitarios, circular, laberíntico y con luces bajas que recreaban una atmósfera de recogimiento. Estaba dividido en ábsides rematadas en ojivas que se conectaban en el techo. Cada ábside contaba con pequeñas capillas con pedestales y urnas de cristal. En las urnas reposaban, con luz propia, las diosas multiétnicas que marcaron la historia humana. Estaban Afrodita, desnuda y sensual; Bachúe, serpenteada y altiva; Anahit y sus cuatro caballos; la prepotente Atenea; la divina Ishta;, la sanadora Selkis; Xilonen con sus barbas de maíz; la venenosa Manasá sobre una flor de loto; la indestructible Nehebkau; nuestra abuela Tozitzin; la recia María Lionza sobre un tapir; también Hator, Eira, Laskmi, Gaia, y otras divinidades que ondulaban sus velos y sus desnudeces sobre las rodillas trémulas de los machos que las reverenciaban, deseaban y temían al mismo tiempo.

El visitante detuvo la mirada en cada deidad, en cada gesto arrogante y suntuoso, con la pasión revivida de dos décadas atrás, cuando se encapricharon en la universidad con el mundo de las diosas. Encontró a Neftis, Saraswati y Arianrhod; más allá, a su diosa preferida, Freyja, con los cabellos al viento sobre un carruaje de gatos; a Isis, con las alas y el poder desplegados sobre el falo erguido de Osiris; a Amaterasu, otra de sus preferidas, radiante con el sol naciente; a Yemayá, madre de los peces; a Guayin, Hécate y Rhiannon —todas tenían una inscripción en la base de la urna—, y a otras más que reivindicaban a la Diosa Madre en un santuario subversivo contra el yugo patriarcal.

Hacia la mitad del laberinto elíptico las luces perdían intensidad. La última que logró reconocer fue Morgana, la diosa de las aguas y la magia, que convertía en animales a sus amantes, como muchas mortales bestializaron a los dos universitarios engreídos. A partir de allí, como si Morgana lo hubiera transformado en un topo o un chimbilá, no pudo ver el resto de las capillas, sumidas en la oscuridad.

Con una linterna que le alcanzó el coleccionista pudo continuar el recorrido. La primera imagen que observó entre las tinieblas fue Kali, madre terrible representada con calaveras en el cuello y sangre en las manos. Luego, encontró a Lilith, la indomable; después, a la devastadora Sekhmet, la vengativa Hera y la putrefacta Hela, y, tras

ellas, a las Furias, las Moiras y otras figuras espeluznantes que sometían la valentía de la masculinidad.

El visitante apagó la linterna cuando regresaron al sector iluminado del templo, equilibró la respiración y escupió su veredicto:

—Está jodido, vuelto mierda y no levanta cabeza porque solo un pendejo mete bajo el mismo techo a más de una mujer.

EXCITACIÓN

Quiso escenificar la última riña con su esposa a modo de desahogo. El semáforo estaba en rojo. Explicó a su amigo que no se pegó al claxon como ella aseguraba; por el contrario, fue paciente hasta la resignación porque sabía, como todo macho, que las mujeres se retardaban siempre al momento de salir. Tras esperar varios minutos a que bajara del apartamento, dejó escapar un pitido seco, casi inaudible, y lo hizo por la presencia de un policía motorizado que podía amonestarlo por parquear en la calle.

—Así, nomás, pasito —dijo y pellizcó el claxon para demostrar la insignificancia del sonido.

Insistió en que ese día esperó un tiempo prudencial antes de volver a pitar, ahora con más contundencia, una, dos, tres veces y, para explicarlo, repitió los sonidos con la bocina, una, dos, tres veces, pasito, así nomás, para reforzar su inocencia.

—Después de la cuarta vez —admitió—, sí me pegué al pito. Así, fuerte, con toda —se volvió a exaltar—. Me pegué al pito así, así, así, a ver si escuchaba.

Apretó el claxon hasta el fondo por varios segundos, lo soltó y volvió a pitar por más tiempo, con más vehemencia, hasta que la bocina exhaló un ronquido agonizante.

—Ese día también se fundió de tanto pitar, y no bajó. —Había vuelto a exaltarse—. Ella no bajó nunca, nunca bajó. Y no me largué para castigarla, no ñor, tuve que ir a comprar otra bocina.

Quiso explicar el motivo que lo empujó a ese grado de excitación, pero sus palabras se deshicieron con el estallido del parabrisas, letra por letra, mientras la bocina tosía, carraspeaba y moría. Ni él ni su acompañante se habían percatado del cambio en el semáforo, ni del embotellamiento vehicular, ni del gordo de adelante que había descendido del camión con un bate de béisbol al hombro, una interrogación en los labios y un dedo que tamborileaba en la oreja. Otro intolerante con las bocinas, como su mujer.

CUMPLEAÑOS

La estrategia de llevar el perro al parque les dio tiempo para decorar la sala con fotografías y globos con helio, entrar el pastel en forma de hueso, recibir a las mascotas invitadas y esconderlas en el apartamento.

—Y alegan ustedes que el demandado, que llevó el regalo en el horario indicado, no les entregó una cama para perros azul, sino una rosada.

—Así es, señor juez. Por eso exigimos una indemnización, por los gastos de la ceremonia y los trastornos psicológicos que pudieron causar en el animalito.

—¿Qué trastornos?

Según el psicólogo de los demandantes, el perro pudo desarrollar fobias, ansiedad, destructividad y problemas alimenticios, sin contar con los posibles daños neurológicos, pero ellos creían que había algo más que el mismo perro ignoraba o que se negaba a contar.

—¿El perro les dijo algo? ¿Hablan con el perro?

—Ni siquiera volvió a ladrar, señor juez, ni quiere salir al parque. Tal vez se burlan de él las demás mascotas. Le pueden decir perro marica y cosas por ese estilo.

—¿Está bien de la cabeza?

—Esperemos que sí, señor juez. Después de esa tragedia, nunca se sabe.

MONOTONÍA

Sin conexión a internet, le entusiasmó escuchar a su cantante preferido en un reproductor aleatorio. Había dos mil canciones en el archivo, pero la coincidencia le permitió repetir al mismo artista con otra melodía. Luego, sonó la tercera canción del mismo cantante, que tarareó con incredulidad, y revisó el estado aleatorio con la cuarta y la quinta canción. La sexta y la séptima canción extendieron la monotonía. Tuvo que manipular el aparato para escuchar un cantante diferente. Después de ese paréntesis, volvió a sonar el cantante inicial con su octava y novena canción, aunque había apagado y encendido el aparato para reconfigurarlo.

Decidido a no escucha más música por ese día, sonó la décima canción del mismo autor con el reproductor apagado. El terror lo empujó a la calle mientras regresaba la misma voz con la canción número once. La doce la reprodujo en el cerebro. Se metió entonces en un bar que conocía y se especializaba en otros géneros musicales. No había más clientes a esa hora. Agredió con una botella al barman porque quiso halagarlo con su artista favorito.

IDEALIZACIÓN

Esa noche podía resistir más licor. Apenas estaba entonado cuando entró en su habitación. El salvajismo vino después, no empujado por la borrachera, sino por la desorientación, por el embrutecimiento repentino, por haberse encontrado a sí mismo después de mucho tiempo en que dejó de buscarse.

Allí estaba él. Abrió la puerta de su alcoba y se encontró con ese cuadro grotesco. Era él mismo, de su misma edad, sin arrugas ni barriga, con más cabello y un cuerpo estilizado de aceptable musculatura, en una cama gigante con lencería delicada. Encima de la cama, debajo de un él perfeccionado, estaba el amor secreto de su existencia, la mujer que amó desde la adolescencia, desde su cobarde incapacidad para conquistarla. Allí estaban sus muslos impúdicos entre las rodillas idealizadas de ella, sus nalgas pálidas sobre la pelvis exquisita de ella, su respiración ajada sobre los jadeos chillones de ella.

Al principio sintió desconcierto, luego frustración por estrellarse con ese él exitoso, con el que soñó en eternas tardes de ocio, vagabundeo mental y onanismo. Al final, lo asaltó el terror por la petulancia de su ego. La furia llegó después de que asestó el primer golpe. Para entonces, no era consciente de que ese homicidio podría ser un suicidio.

LÍMBICO

Le había pagado un dineral a un Gimnasio de Terapia Neuronal (GTN) por una simulación de robo a mano armada, igual que pagó millonadas a otros GTN por batirse a trompadas con desconocidos, destruir enseres en casonas abandonadas, iniciar incendios controlados y oprimir el botón en la implosión de viejos edificios. Pero aquella cancha de microfútbol en el aire desafiaba sus expectativas. Además, prometían devolver el dinero por una "total insatisfacción". La cláusula estipulaba que, si al menos uno de los doce participantes del juego aéreo volvía a gastar dinero en GTN en el transcurso de un año, le reembolsaban lo pagado a todos los jugadores.

Solo el día del juego pudo mirar la cancha ubicada a ochenta metros de altura, entre cuatro postes que la sujetaban con gruesas trenzas de acero. El piso de la plataforma era transparente, igual que la malla elástica que la revestía. Un sistema de poleas y arneses encaramaba a los participantes a la cancha flotante. Una vez arriba, cualquier movimiento alteraba la estabilidad de la plataforma, amenazaba con volcarla y hacía temblar el cableado que la sostenía. Ni siquiera la malla elástica daba confianza para superar el pánico. La liberación de cortisol y adrenalina se disparaba con el bamboleo continuo. Debían mantener el equilibrio, coordinar los recorridos, manejar el balón y jugar en equipo, además de los factores sorpresa acostumbrados en ese tipo de terapias para aumentar la imprevisibilidad, la tensión y el vértigo, firmados a ciegas en las cláusulas del GTN.

El primer desafío fue una modificación normativa dictada por el altoparlante antes de iniciar el juego: debían escoger entre los doce integrantes a un árbitro, porque eran cinco jugadores por equipo, y dejar caer al que sobraba por una ranura que se abrió en el piso.

SILUETAS

Llevaba cuarenta y cinco años viviendo solo, sin permitir que nadie profanara la soledad de su casa. A las nueve de la noche fue a su habitación y encontró la silueta de dos personas en su cama. Podía ser una ilusión óptica, pero decidió dormir en la sala.

Un tiempo después descubrió que alguien dormía en el sofá, y se tendió en una colchoneta en el piso del salón de estudio… Alguien invadió también ese salón, y se mudó a la cocina. Durmió y vivió en la cocina hasta la llegada de otras siluetas.

Hace siete años que no sale del baño. Los demás creen que algo le pudo pasar.

ALIENACIÓN

Se sintió humillado en la reunión laboral, con ansias de matarse o de matar a alguien, al menos de renunciar al trabajo para evitar las burlas repetidas de sus colegas. El jefe comercial le exigió estrategias de mercadeo para levantar el flujo de ventas, lejos de las disculpas y justificaciones que acostumbraba a dar, como la recesión económica, los altos índices de desempleo, la oferta desleal de la competencia, la temporada de lluvias o aquel árbol de la acera que tapaba la vitrina del almacén.

—No quiero pretextos —advirtió el jefe—, quiero proyectos.

De vuelta al almacén, su primer proyecto fue deshacerse del árbol frondoso que ocultaba la exhibición de la vitrina. Roció las raíces con sal, gasolina, orines, ácido de batería, detergentes y cuanta porquería química encontró en el mercado. No sirvió el herbicida que disecó los jardines contiguos, tampoco los clavos de cobre para infestar el tronco con hongos saprófagos, ni los anillos en la corteza, ni las bolsas negras, ni las escisiones zigzagueantes con inyecciones de cianuro. El árbol se mantenía en pie con orgullo de pavo real. Entonces, optó por talarlo en la noche para esquivar a las autoridades ambientales.

Esa noche, motosierra en mano, mientras meaba en el tronco para despedirlo, un automóvil perdió el control y se encaramó en la acera. El árbol recibió el impacto del coche, evitando que lo arrollaran.

La determinación creció, ahora hacia el envenenamiento de su jefe (el café, los bocadillos, un cigarrillo) o en hallar la forma de encaletar un rifle para la siguiente reunión laboral.

YERRO

Se pasó de tragos y de hora, de fresca y de conchuda, y quiso pasarse de lista cuando acudió al hospital por una incapacidad laboral. Llamó al jefe, a la recepcionista de la empresa y a su compañera de oficina para repetir las quejas por la tardanza de la valoración clínica. Bromeó en voz alta que los pacientes debían ser muy pacientes para no morirse en esa sala mientras los atendían. La demora se extendió con la intermitencia en la conexión digital para validar la historia clínica y los cuestionarios de despistaje. La ironía le dio paso a la impaciencia, la irritación, la resignación, el agotamiento. Hastiada del café y de los energizantes, enumeró con voz fatigada los malestares que le habían impedido ir a trabajar. También le exageró al internista otras dolencias menores y habituales para prolongar la incapacidad laboral.

—¿Hasta qué hora ingirió licor?

—Temprano, doctor, solo fueron dos tragos y me empecé a sentir mal.

Vio reticencia en la aprobación del internista, también agotamiento en una sala de urgencias atestada de enguayabados. Pese a que no descubrieron riesgos para su vida (triage verde), la acostaron en una camilla y le conectaron suero. Tardaron medio día para los exámenes de rutina y el resto de la tarde para los de precaución. El médico de la noche aconsejó internarla ante el coctel inusual de dolencias.

—No puedo faltar otro día al trabajo, doctor, ya me siento mejor.

Al siguiente día, hubo nuevos exámenes de laboratorio, nuevas evaluaciones, nuevas dudas por la sanación repentina del crisol de dolencias, nuevas entrevistas estructuradas y nuevos aplazamientos para darle salida del centro médico. El guayabo le había pasado, pero no mejoraba su disposición anímica. Las horas acumuladas en el hospital —camillas, agujas, transpiraciones, medicamentos, efluvios— empezaron a debilitarla.

—Ahora me duele la espalda y la nuca por estar acostada, y el brazo por los pinchazos.

—¿Alteraciones de sangrado en los últimos meses?

Enfatizó que no estaba encinta y los acusó de no dejarla ir para sacarle más plata al seguro. Sin más explicaciones, le revelaron la importancia de la tomografía que le practicarían esa tarde, más valiosa para su salud que la constante preocupación por los asuntos laborales de los que ya se habían encargado sus familiares.

Extenuada por el entorno, confesó los excesos en la farra de dos días atrás, las mentirillas y exageraciones en el hospital, y la necesidad de una incapacidad médica para presentarla en su trabajo. Dijo haber aprendido la lección y prometió no volver a jugar con el sistema de salud ni con el tiempo de los médicos. Pero tampoco así le dieron de alta, ante los miomas uterinos recién descubiertos. Estaría internada un día más,

mientras desaparecían de su organismo los residuos del licor, para otros exámenes, le explicaron, y tal vez otro más, solo tal vez, en caso de requerir una cirugía ambulatoria. Los síntomas y malestares que ella informó al arribar al hospital, incongruentes, habían disparado las alarmas.

—Son pequeñitos y silenciosos, como una arveja —le explicaron—, pero pueden crecer.

Le permitieron abandonar el hospital tras la cirugía, después de una semana de estar internada. Debilitada, ocultó un mareo repentino en la puerta del hospital, pero no pudo huir de un desvanecimiento. Al volver en sí, estaba otra vez internada y sin quien escuchara sus súplicas de regresar al trabajo, donde los jefes estarían desesperados por su ausencia. Le repitieron que debía calmarse y, para evitar un colapso nervioso, le ocultaron que entraría en un coma inducido para salvarle la vida.

Recibió esa información diez días después, cuando la despertaron para confesarle que un desliz milimétrico en la cirugía de los miomas había derivado en una hemorragia interna. Ahora necesitaba otra intervención de altísimo riesgo que había sido autorizada por su familia. Esa tarde recibió, uno tras otro, a quienes querían saludarla o despedirla, entre cadenas de oración y frases de fortaleza. Ninguno de sus jefes la visitó en el hospital.

LIBÍDINE

Aunque el amigo le había advertido que el combate hacía parte del juego y que existían límites en lo que parecían excesos, estuvo tentado a intervenir porque no soportaba que golpearan a una mujer. Lo vio palmotearla en los brazos, en los muslos y en las caderas, antes de recibir un castigo similar, incluso más fuerte, tras una locura repentina que se apoderó de ella hasta convertirla en una pugilista lunática. Resonaron los puñetazos, sin tocar los rostros, como latigazos secos. Ella dio la primera patada en los gemelos; él se dolió de estos y respondió con otra, a la altura del vientre. Le molestó que su amigo lanzara golpes cada vez más enérgicos, como si riñera con otro varón, y que ella se comportara más ruda que cualquier varón.

No escuchó improperios ni amenazas ni vulgaridades. Ella debió sentirse en desventaja en el combate a distancia —de puños, palmadas y patadas—, porque decidió probar con una lucha cuerpo a cuerpo: se abalanzó al cuello como una leona hambrienta, lo intentó asfixiar y le clavó los dientes en las tetillas. La lucha se trenzó, entonces, en el piso, cerca al lugar donde él miraba. Fue en ese momento cuando quiso romper el pacto de no intervenir en la lucha, porque ella estaba muy lastimada. Su amigo también estaba lesionado, tal vez peor, acababa de zafarse de una llave al cuello y se abalanzó encima de ella, sosteniéndola con las rodillas e inmovilizándola desde el cabello.

No se percató del instante en que los estrangulamientos se volvieron abrazos y los mordiscos, besos. La ropa que aferraban les estorbaba, como estorbaba él, a pocos pasos, que los contemplaba como a bestias en celo.

LAXITUD

Salí desnudo a la calle, desde los tobillos hasta la coronilla. Para calentar los músculos, inicié un trote suave, casi a rastras, y aceleré paulatinamente hasta alcanzar una velocidad intermedia. No quería fatigarme. Chapoteé sobre los charcos que había dejado la lluvia y rebasé los carros atorados en el tráfico. Para ganar impulso, agité los brazos a manera de aspas y, en las aceras, culebreé entre la gente. El pene flácido me golpeaba la entrepierna como un monigote, pero nadie reparó en él ni en su flacidez ni en su sueño apolillado. Tampoco se fijaron en la laxitud de mis carnes ni en la palidez cadavérica de mi piel. Solo vestía zapatillas salpicadas de lodo hasta las pantorrillas.

Ingresé en una cafetería cuando retornó la lluvia. Las personas que parloteaban entre cafés y pastelillos ignoraron mi presencia. No relampaguearon miradas de asombro ni de vergüenza. Los atisbos de libertad y osadía que me empujaron a la calle desnudo, minutos antes, fueron reemplazados por un repentino complejo de invisibilidad. El aire helado perforó mis carnes, desde los testículos hasta las rodillas. La carrera me había alejado de casa más de la cuenta. Ningún taxi respondía al llamado de un hombre sin bolsillos.

SILENCIO

La bulla de la cafetería lo incitó a leer el desenlace del libro en un parque —entre chismorreos, música, niños, megáfonos y ladridos—, en una iglesia —entre murmullos, peticiones, campanas y lamentos—, en un hospital —entre conversaciones, carritos de comida, celulares, equipos médicos y altavoces— y en un cementerio —entre rezos, sollozos, murmullos y ruidos imaginarios—, hasta decidirse por las cabinas para lenguas extranjeras de una biblioteca, al fondo de un edificio que exigía silencio en las paredes. Allí quería degustar las páginas finales sin otro pensamiento ni interrupción, como lo aconsejaba el escritor que censuraba la dictadura ubicua del ruido, la incapacidad de resguardarse en el interior para oírse y encontrar los secretos del equilibrio social y emocional.

Entró en una cabina y se caló los auriculares para ahuyentar cualquier ruido. Intentó leer durante quince minutos en un silencio absoluto, pero unos brazos que no dejaban de agitarse, a pocos metros, lo desconcentraban. Salió de la cabina, se dirigió a las personas sordas que discutían y les señaló el letrero de la pared.

RASTREO

Revisó el historial del navegador, filtró correos y chats, y monitorizó las tendencias de sus redes, sin hallar rastro de noticias, comentarios, conversaciones o memes que justificaran el bombardeo publicitario de camionetas con platón. Él prefería las bicis sobre los carros, por ecocidas. Un amigo le recordó que la única vez que hablaron de camionetas con platón fue semanas atrás, de refilón, en una conversación telefónica:

—Ese día le dije que Sócrates y Aristóteles no pudieron comprar una camioneta con Platón, y usted no entendió el chiste.

Recordaba la conversación y el chiste —que debieron explicarle varias veces, hasta perder la gracia—, pero no recordaba haber buscado información sobre Sócrates o concesionarios, sobre Aristóteles o camionetas, sobre Platón o platón.

Sin comentar a nadie sus sospechas, cegó las cámaras del computador y el teléfono con cinta, y desactivó los micrófonos; a los pocos días, clausuró redes sociales y bloqueó las páginas que no filtraban las ofertas de camionetas con platón. Evitó el correo electrónico, rechazó las videollamadas, fue cauto y monosilábico en las conversaciones telefónicas, y desprendió las cámaras del servicio de seguridad. Releyó denuncias sobre espionaje y persecución virtual. Las posibilidades de contraer cáncer o de que controlaran su mente con las señales 5G lo impulsaron a cancelar la línea de internet. Ante la imposibilidad de desaparecer, el sistema optó por ocultarse de él. Se encerró en su apartamento para evadir los ojos orwellianos en pasillos, ascensores, porterías, centros comerciales, transporte público, edificios, celulares y semáforos inteligentes.

Soportó los primeros días de confinamiento voluntario entre pesadillas de persecución, insomnio, respiración agitada y arritmias irregulares, síntomas que le eran familiares desde los años de las pandemias. En aquella época se había vacunado por exigencia laboral, aunque después conoció informes sobre monitoreos satelitales mediante los microchips inoculados con las vacunas del COVID. Bisturí en mano, escudriñó el brazo y el hombro, y reconoció el deltoides.

ADICCIÓN

El capataz, fumador desde la adolescencia, adiestró al burro para recibir el cigarrillo con el hocico estirado, como si fuera a dar un beso, aspirar el humo y expulsarlo por la nariz. La fama del burro fumador se extendió por las veredas y los pueblos vecinos. Llegaron a decir que expulsaba la humareda por los ojos y las orejas; que hacía círculos de humo en el aire; que prefería los mentolados; que su estiércol no era verde, sino ceniciento, y que le enseñó al capataz a fumar porque era una bestia.

DESAZÓN

La pantalla del estadio repitió el gol y enfocó las celebraciones de los fanáticos, todos locales, ante el veto impuesto a la hinchada rival. Entre el alboroto por el gol, un hombre de mediana edad apareció en la pantalla con signos de aburrimiento. Vestía los colores del equipo local, pero la cámara lo enfocó sentado, desgonzado, casi con fastidio, ajeno a quienes se abrazaban y celebraban entre saltos. Ese tedio indignó a los fanáticos de la misma tribuna: unos lo increparon, otros le lanzaron astas, botellas, bolsas de orines y colillas de cigarrillos, bajo el rumor de tratarse de un infiltrado del equipo rival.

La policía evitó que fuera lapidado. Él insistió en que era fanático local, besó la camiseta y juró haber celebrado el gol como los demás. Pero confesó que su suegra era fanática del mismo equipo, y él la había imaginado celebrando el mismo gol.

DESMORONAMIENTO

Perdió un ojo antes de salir de la casa, pero no tenía tiempo para buscarlo; el viento callejero le arrancó el cabello; la puerta del bus le cercenó una mano; un pie se lo tragó la escalera eléctrica; un cable le mutiló una oreja, y perdió tres dedos de la otra mano en la carrera por llegar al trabajo. Arribó justo a tiempo a la oficina, donde el día anterior había perdido el hígado, tres metros de intestinos y una rodaja de cerebro. En su escritorio había otro empleado: más joven, descansado, sin mutilaciones y bien peinado.

LEGISLACIÓN

Ocultó la muñeca en el armario después de que el Congreso prohibiera "los rostros femeninos, los atributos físicos, la ropa íntima, los nombres, apelativos y cualquier alusión a las mujeres de carne y hueso [*sic*], ya sea en el producto o en la publicidad directa o alusiva". Cerró la puerta sin atreverse a ver los ojos que conocía de memoria. Empezó, entonces, a frecuentar mujeres para enfrentar la timidez que lo dominaba desde la adolescencia.

Meses después debió enfrentar las imputaciones de un juzgado por violencia psicológica. En la nueva legislación, las muñecas inflables alcanzaron el estatus de *compañeras permanentes,* y él llevaba ocho meses sin hacerle el amor a su muñeca.

CAÍDA

Ella instó a su pareja a que caminara por el vientre de la roca, sobre el filo resbaloso que atravesaba la cascada. Se trataba de un camino de reconocimiento para modificar los conceptos básicos, desechar estorbos y tantear la trascendencia de la vida.

Él acepto el riesgo, pese al pavor a las alturas, y estuvo a punto de resbalar entre las rocas desportilladas. Durante el trayecto perdió las zapatillas, las gafas y la gorra; el lodo se le incrustó en los ojos; el agua le taponó los oídos; se rasgó la licra y se magulló las rodillas, y las muñecas se le entumecieron bajo el velo de agua que le susurraba. Al menos eso dijo cuando alcanzó el otro extremo de la caída del agua. La cascada, explicó, lo reflejó y le susurró que debía terminar esa relación. Ella negó ser tóxica y amenazó con lanzarse al precipicio. Él agradeció, la empujó a hacerlo y regresó a casa renovado.

OLORES

La mujer presumió que nadie se perdía en Bogotá si sabía usar la nariz. Afirmó que olía a café en la 68 con 13, a flores en la 13 con 68, a carbón en la 3.ª con 50, a yerbas en Paloquemao, a curtiembres en San Francisco, a marihuana en la Nacho, a chicha en el Chorro, a osamenta en La Sevillana y a mierda de perro en toda la ciudad. Los demás en la sala elogiaron el olfato prodigioso en medio de carcajadas, menos el cachorro que le lamía la barriga y la olisqueaba alrededor del ombligo. Un tumor apestoso crecía en un rincón del intestino.

ILUSIÓN

Tenía un chamizo clavado en el esternón. Otros internados afirmaron que poco se notaba, al menos desde lejos, y sugirieron que podía disimularse con ropa holgada. A modo de consuelo, le mostraron sus propios defectos. Uno se despojó de la camisa y descubrió el agujero que tenía en el pecho, un orificio enorme que debía cubrir con esmero porque era más escandaloso y enorme que el chamizo en el esternón. Una muchacha le enseñó una crisálida adherida al ombligo, que se incrustaba en la piel para metamorfosearse y hacerle sentir mariposas en el estómago. Otra más le mostró una anémona incrustada en el párpado inferior, sobre la carúncula lagrimal, apenas un tentáculo fluorescente que la condenaba a un llanto continuo. Otro le pasó un otoscopio para que viera, en el fondo del oído, a la termita que horadaba el circuito neuronal y lo mantenía estacionado en los mismos recuerdos.

El director del internado se acercó al grupo con una risa condescendiente. Dio la bienvenida al hombre del chamizo en el esternón y le aseguró que el tiempo pulía las desproporciones. Él mismo había tenido que lidiar con un balón en la garganta durante el matrimonio. Explicó que la confianza y el optimismo no eran suficientes en la rehabilitación, era necesaria la ocupación para no darle espacio a la preocupación. En su caso, avanzaba en la construcción de una máquina para regresar en el tiempo.

BLOQUEO

Frente al escritorio, hurgando ideas para rellenar este espacio, oprimo un cuero sintético con el sueño pesado de las nalgas. Los pies se entrelazan bajo la silla como cuellos de cisnes heridos. Los nudillos de la mano izquierda están enrojecidos por pequeñas dentelladas.

Necesito una puntilla de tres pulgadas (un sorbo al tinto cerrero para sacudir las ramificaciones nerviosas como a cuerdas de guitarra). Hay que clavar esa puntilla por el revés del escritorio hasta que se asome en la tapa. La punta debe quedar firme y resistente, lo suficiente para recibir un cabezazo para perforar la frente. El agujero drenará las toxinas cerebrales generadas por las pantallas. Luego, hay que hacer un desagüe para las aguas pútridas acumuladas en la casa; rellenar con jalea o con mermelada; limpiar las salpicaduras de sangre con una lengua morada (mejor la del *chow chow* que la de la vaca); doblar la punta de la puntilla; acompañar con crema de *whisky*, y espolvorear cocoa y miel al gusto, miel pura, que sepa a culo de abeja. A ver si consigo una maldita carita feliz.

IDEA

Se la tragó, incapaz de escupirla en público, sin relamerse ni acunarla en la lengua porque le impedía conversar. No la masticó antes de engullirla por temor a que le irritara o le gustara. Se la tragó de golpe, sin saborearla, no quería darle importancia, aunque días después debió pensar en ella por el ataque sintomático de una intoxicación. Poco y nada le sirvieron los laxantes y diuréticos para liberarlo del excusado. El malestar se enquistó en el ombligo como el estornudo de un volcán que exige observación.

Los dolores continuos en la pelvis y el tórax lo alejaron del trato social. Debió aceptar con sumisión el origen del mal y su avance ramificado. Poco a poco, perdió la percepción del tiempo y el espacio, se alimentó a deshoras, durmió a retazos y abandonó el cuidado personal. Lamentó habérsela tragado y temió que los malestares terminaran por volverlo loco. Era un remedo de persona cuando retomó el trato social como gimnasia cerebral. Retornó con raíces como pies, flores en las orejas y hojas verdes en los ojos. Le aconsejaron un jardinero para talar esas imperfecciones, pero prefirió ocultarse, a la espera de que algún fruto germinara de aquella idea.

MARTILLEO

Lo intentó por quinta vez. El párrafo parecía simple, preelaborado, con un final reflexivo que cualquier novato sacaría de la manga. No ensayó cambios en la voz narrativa ni efectismos en la persuasiva, ni en la sintaxis ni en la catarsis, ni en los silencios ni en la musicalidad. El párrafo estaba allí, enraizado en la sencillez desde los inicios de la escritura, pero no era capaz de plasmarlo. Tomó una siesta, lo reinició, salió a dar un paseo, volvió a tantear, escribió borradores, respiró hondo, empezó desde cero… y el maldito párrafo se negaba a su pluma o al maldito teclado que le taladraba en la cabeza como el maldito taladro del maldito vecino que no dejaba de taladrar.

Esperó en la puerta del apartamento con reloj en mano a que dieran las cinco de la tarde, la hora máxima para abusar de esos ruidos en el conjunto residencial. La idea del cráneo taladrado le empezó a taladrar desde las 4:58.

HASTÍO

Lo despertó el bullicio de las cigarras, el desparpajo de los gallos y el sudor que lo adhería al colchón a pesar del ronroneo del ventilador. Las ronchas cinceladas por insectos prehistóricos del tamaño de una vaca se habían reducido a minúsculos puntos rojos en los brazos y el abdomen. Aún no clareaba por completo. La resequedad en la boca lo obligó a levantarse y caminar descalzo entre los bultos que dormían en la sala.

No regresó al colchón después de hidratarse en la cocina. Tanteó las paredes hasta llegar a la puerta trasera, salió, atravesó un pasillo con piso de cemento, esquivó unas bolsas de basura que debieron rasgar los gatos, palpó la cortina de tela que cubría el baño, la corrió, entró sin encender la bombilla y se sentó en el retrete a filosofar mientras se secaba el sudor de la frente y las axilas. Maldijo las incomodidades de esa finca de veraneo y decidió que regresaría a la ciudad antes de que los demás despertaran.

A tientas buscó una toalla para ducharse. Encendió el bombillo y descubrió que el piso y las paredes estaban plagados de pequeños gusanos blancos que se arrastraban sin dirección precisa. Supuso que provenían de las bolsas negras rasgadas que acumulaban los residuos de comida de los últimos días. Cientos de animalillos asquerosos invadían las manijas, la pasta dental, los jabones y las toallas, y se dirigían hacia él como atraídos por el calor corporal. Salió del baño y vio más gusanos blancos en el rectángulo de luz que se derramaba sobre el pasillo, no solo en el piso, también en las paredes y en los tendederos de ropa, como si buscaran cerrarle el paso de regreso a la casa.

Apachurró con el pie a los insectos que le trepaban por las piernas. Se pasó la mano por el rostro ante el cosquilleo en las cejas, las comisuras de los labios y los lóbulos de las orejas, con la sensación de estar salpicado de granos de arroz cocido. Regresó a la claridad del baño y se contempló en el espejo con más gusanos que descendían desde el cabello hasta los orificios del cuerpo, como si buscaran meterse en su interior. Se lastimó la piel al aplastarlos. Sacudió la cabeza con asco y desesperación. Se metió a la ducha, abrió el grifo y recibió un chorro de agua con gusanos. Otros más cayeron del techo. Algunas rayitas blancas se bamboleaban en su entrepierna, imperceptibles, y debió acudir otra vez al espejo para limpiar de gusanos las raíces de las pestañas, los caracoles de las orejas y las puertas de las fosas nasales.

Se quitó los calzoncillos y encontró más gusanos en la pelvis, colgados de los testículos, arremolinados sobre la uretra y el ano. Imaginó que los demás integrantes de la casa estarían cubiertos por millones de bichos blancos en el piso de la sala, como cadáveres engusanados incapaces de prestarle auxilio. Escupió gusanos, tosió gusanos, brotó lágrimas con gusanos y escarbó gusanos en la nariz y las orejas hasta hacerlas sangrar. Rasgó la piel de los párpados, del prepucio y de las paredes del ano, y arrancó

cabellos y vellos mientras se retorcía en el piso de la ducha como una lombriz regada con gasolina.

Los gritos despertaron a los demás integrantes de la casa, que acudieron al baño y encontraron al citadino bajo la regadera abierta, desnudo, entre orines y excrementos, que lloraba, maldecía, se clavaba las uñas en la piel y juraba no volver.

VICIO

No fue por curiosidad. Recibió la degustación en la puerta del colegio sin intención de probarla, no le apetecía. Después de otras degustaciones que no pudo rechazar, dudó y probó, con la certeza de que no se enviciaría. Se imaginó en el futuro recordándolo como una anécdota adolescente, incluso admitiendo a los nietos imaginarios que le había gustado. La primera vez que se aventuró a conseguirlo por cuenta propia, lo buscó lejos del colegio. Creyó que era un pasatiempo fácil de manejar. Por esa época empezó a llegar tarde a clases, a dormirse sobre el pupitre, a perder jornadas escolares y a reprobar materias, sin atender los consejos de buscar ayuda profesional. Por ese vicio retrasó el grado escolar, no encajó en la universidad y recibió llamados de atención y expulsiones, empleo tras empleo, por sucumbir a esos resabios en horarios laborales.

Experto en conseguirlo en cualquier sector de la ciudad, con mejor calidad que las primeras degustaciones del colegio, estaba seguro de dominar el vicio y poder dejarlo en cualquier momento. Así lo repetía en los diferentes empleos, con las fugaces parejas sentimentales y en el círculo social que no toleraba los robos cuando lo invitaban a sus casas. La ansiedad lo dominaba. Fue entonces cuando visitó a un psiquiatra, doblegado por el insomnio, la fatiga, la desconexión con el mundo y la conexión con la soledad. Le diagnosticaron bibliopatía. Debía evitar las bibliotecas y librerías.

EMPRENDIMIENTO

La joven que bajaba las escaleras no respondió el saludo, ni agradeció el gesto de haberse pegado a la pared para que ella pasara con sus perros; antes bien, pareció incómoda con su presencia y haló a las mascotas para que no le batieran las colas. El hombre respiró hondo, subió al apartamento, sirvió un aguardiente y maldijo a esa vecina y a los demás tenedores de mascotas del mundo. El licor, gota tras gota, disipó esa ira y le inspiró el proyecto de abrir una escuela para comunicarse con los perros. Aunque no tenía mascotas, congeniaba con ellas, y en la ciudad había más mascotas que niños.

Seleccionó la información virtual que requería el proyecto. La promoción en las redes y entre los vecinos, voz a voz, desbordó en pocos días los cupos para las inscripciones. Los amigos que aleccionó para que fueran profesores resultaron insuficientes ante el desfile de razas y atuendos caninos en la inauguración de la escuela. Entre los asistentes reconoció a varios odiosos que nunca lo determinaron cuando iban acompañados con sus mascotas. La expectativa de entender el idioma canino prosperó con un plan de estudios estructurado, instalaciones adecuadas y videos de la inauguración atractivos, pero los matriculados no aceptaron que sus mascotas tuvieran profesores humanos.

INCOMODIDAD

El jersey morado continuaba en la silla desocupada cuando sirvieron el postre, no estaba colgado en el espaldar como un exoesqueleto sin entrañas, sino arrumado en el bastidor como un animal adormilado. Ninguno de los comensales de la mesa vecina se había preocupado por él, al contrario, estuvieron activos durante la cena con charlas y risas exageradas, como si llevaran mucho tiempo sin reunirse o si estuvieran compitiendo en secreto por dejar la mejor impresión.

Minutos antes, cuando ocupó la mesa del restaurante, imaginó que el jersey abandonado pertenecía a uno de esos bulliciosos, que pronto se excusarían por haberlo dejado allí y lo levantarían de la silla. Pero no fue así. Ni siquiera cuando arrastró la silla y la mesa para acomodarse, ni cuando levantó la mano para llamar al camarero, nadie le prestó atención. Tampoco el camarero que le llevó la carta y esperó la orden. El bulto morado aguardaba en la silla, invisible para el dueño y para los demás, como si solo él lo viera y se incomodara por invadir su espacio vital.

Durante la cena masticó con paciencia para no atragantarse. Las miradas de soslayo a los vecinos se convirtieron en juegos de posibilidades para adivinar a cuál de ellos podía pertenecer una prenda de ese color. También los miró con fijeza para incomodarlos y obligarlos a que le prestaran atención. Examinó el jersey con detenimiento, en busca de alguna mancha o salpicadura viscosa que excusara al propietario de haberlo abandonado. Aunque estaba solo en la mesa, le fastidiaba la presencia del jersey morado.

"Lana de carnero virgen", leyó en una etiqueta del jersey que se asomaba como lengua de perro. Antes del postre lo removió con cuidado, en caso de que abrigara a un bebé o a un explosivo abandonado. Minutos después, en un ataque de ansiedad impulsiva arremetió con el cuchillo de la cena contra el jersey morado, con la ira de quien quiere hacer picadillo a un bicho que le hizo daño. En esta ocasión sí reaccionaron los comensales de al lado, comandados por un barrigón embutido en una camisa a cuadros blancos y lilas. Las risas que se apagaron realzaron el silencio. El agresor dejó el cuchillo en la mesa y levantó las manos. Forzó una mueca parecida a la risa para excusarse de haber agujereado el jersey, víctima de un trastorno neuronal que le desconectaba el buen juicio y lo empujaba a realizar estupideces.

Los acompañantes del barrigón no creyeron la excusa, ni aceptaron el dinero que les ofreció el agresor por el jersey acuchillado. Pagaron la cuenta y abandonaron el restaurante, entre miradas y comentarios impersonales, mientras el agresor se escabullía en dirección opuesta, con dirección al baño.

Atento a los movimientos de los empleados, se deslizó desde el baño hasta la cocina y, allí, ganó la puerta lateral destinada a los domiciliarios. Se escabulló por esa puerta y descubrió que el barrigón permanecía en el parqueadero, sobre la entrada principal,

acompañado de tres macancanes con pinta de guardaespaldas. Desconfió de las miradas constantes de los gorilas al interior del restaurante, también de la presencia de los domiciliarios que apostaban con monedas cerca de sus motos. Fue entonces cuando decidió huir con cautela, pegado a la pared de la casa esquinera, para evitar la persecución de los escoltas del barrigón y de los empleados del restaurante por no haber pagado la cuenta.

Tenía dinero para pagar la prenda y la comida, pero prefirió largarse en busca de un taxi. Ganó la esquina opuesta al restaurante e inició una carrera con los brazos en movimiento, como aprendió a hacerlo en el colegio. Reía mientras corría, al tiempo que verificaba de reojo la presencia de cámaras de vigilancia. Antes de regresar a la estación de autobuses, en donde ejercía como conductor, se ocultó entre los arbustos de un parque. Esperó varios minutos para corroborar que no lo perseguían los gorilas ni los motociclistas. Luego, empezó a incomodarse con una pila de cartones abandonados entre los arbustos. Sacó un encendedor del bolsillo, prevenido de que nadie lo estuviera mirando.


S A C I E D A D

LITERAL

Las flores en forma de campanilla que pendían sobre su cabeza eran similares a las que describía el libro que leía, también el árbol torcido y despeinado, la mujer huesuda que alimentaba palomas, los deportistas con audífonos que bordeaban el parque, los niños con balones en el césped, el viento húmedo sobre la hierba y el lloriqueo furtivo de un cachorro. Se atrevió a cruzar las piernas sobre el banco de madera, reposar el libro en las rodillas y juguetear con el cabello antes de pasar la página, como leyó que lo hacía la protagonista de la historia.

El personaje del libro sintió una mirada encima, y ella se obligó a sentirla, imaginó sentirla, creyó sentirla y se paralizó al sentir la supuesta mirada. No pudo levantar la cabeza ni salivar el dedo para cambiar la hoja. El último párrafo advertía la intrusión de un rifle asomado a una ventana, un desquiciado que retenía la respiración, un silencio herido, un vuelo de aves, balones huérfanos, palabras fragmentadas, el inicio de una matan…

GÉNESIS

… irrumpieron todas las fuentes del abismo
y se abrieron las compuertas del cielo.

G*énesis* 7:11

Parte I

Era tarde. El cielo vestía de luto cuando empezó a llorar. También lloraron los animales que olían la catástrofe en el aire. Noé, con la fatiga acumulada de seiscientos años de obediencia, supervisó las tres plantas del arca calafateada con pez, donde resguardaba a las bestias y alimañas que salvaría de un diluvio que no comprendía ni se atrevía a reprochar. Era un hombre justo, pero fue la sumisión la que salvaguardó a su familia.

Animales puros —en grupos de siete— e impuros —por parejas— debían ser alimentados y protegidos de la contaminación de su estiércol para conservar el linaje. También recopiló semillas y tesoros atávicos para asegurar el florecimiento de la nueva civilización. Llevaba enseres de madera, vajillas de cerámica, toldos de lino, mantas de lana, hachas y punzones de piedra pulida, cuchillos de sílex, calderas de barro, vasos forjados en cobre, sandalias de esparto, pieles crudas y varios artilugios sin utilidad conocida. En la barba cenicienta de Noé se dibujaba una sonrisa de satisfacción por haberle cumplido a su Señor. Podía cerrar las compuertas e iniciar la cuarentena. Todo lo que podía y debía ser salvado del diluvio estaba dentro del arca. Pero descubrió un establo vacío, y llamó a sus hijos para exigir una explicación. Sem, Cam y Jafet apenas se disculparon por el animal que faltaba.

—El caballo blanco con un cuerno en la frente —explicó Sem.

Noé sabía que era tarde para enmendar errores. Estaba oscuro y caían las primeras gotas entre los ramalazos que desportillaban las montañas. El trabajo de sus hijos había sido arduo. No era justo castigarlos por una pifia, aunque hubieran sacrificado un animal fantástico por salvar, por ejemplo, artilugios sin aparente utilidad, como las tablillas con cuñas que trajeron desde Sumer o la pelota de raíces y paja apelmazadas con la que se entretenían los montañeses de Oriente. Y pudo ser esa pelota la que había sacrificado el linaje del unicornio, ya que estaba en el establo vacío, con dos atados de hierba espaciados por pocos pasos. Noé temió que ese juguete estuviera en la lista de perversiones que su Señor quería exterminar. No parecía un ídolo, pero era pernicioso para los pastores que abandonaban sus labores por patear un balón.

Los hijos soportaron la represalia muda. Jafet, el menor, vio a su padre dirigirse hacia la pelota y temió que la arrojara fuera del arca. No esperaba el guiño del anciano, ni el puntapié que lo sorprendió entre los atados de hierba. Fue gol.

Parte II

Las tablillas con textos cuneiformes que descifró George Smith en 1872, de la biblioteca de Asurbanipal, ratifican que el héroe del gran diluvio, llamado Ziusudra o Utnapishtim por los babilonios, marcó el primer gol de la nueva civilización. Durante siglos, las tablillas carecieron de credibilidad porque las leyendas le endilgaban profecías trágicas. Una de las profecías advierte la expansión de un ídolo pagano entre las tribus, con templos colosales similares a un arca, profetas célebres y rituales que arrodillarían al linaje de Utnapishtim con secuencias periódicas de cuatro años solares.

George Smith murió de cólera en 1872, mientras contrastaba esas tablillas con las excavaciones financiadas por la Universidad de Oxford. Los supersticiosos afirman que lo alcanzó una maldición bíblica por revelar el desliz de la desaparición del unicornio. En 1872 apareció el árbitro en el fútbol. Cuatro años solares después se penalizó el fuera de lugar para proteger a los guardametas del oportunismo de los palomeros. Y fue una paloma la que llevó en el pico una rama de olivo al arca de Noé, Ziusudra o Utnapishtim, el primer goleador y palomero que registran los anales del fútbol.

CREACIÓN

Utilizó jotas y eses en los cimientos, equis en los pilares, haches para el porche, ces para los tejados, oes en las tuberías, zetas en los dormitorios, emes en la chimenea, tes en las ventanas con íes en las persianas, eles en las puertas y escaleras, efes para el balcón con íes griegas en la balaustrada, ges para los grifos, haches y dos oes en la piscina, graciosas úes en el antejardín y rellenó paredes, pisos y techos con vocales y consonantes en lírica armonía.

Los invitados a la inauguración eran escritores e intelectuales. Los murmullos arquitectónicos se acentuaron por la ausencia de signos y el exceso de elegía; otros reclamaron una sintaxis más limpia; algunos hallaron fría la estancia, y unos más, una débil estructura. También criticaron el vacío histórico, la omisión ambiental y la ligereza semántica que daba cabida a las ambigüedades.

Los debates recién empezaban cuando la casa empezó a flotar. Los egos de los escritores e intelectuales fueron suficientes para que la edificación ganara altura.

HORAS MUERTAS

Le molestaba el olor de las flores podridas. Le molestaban los moscos que parecían reproducirse desde las tumbas. Le molestaban varias cosas: el calor, el silencio sepulcral, las fotografías de niños en las lápidas, los panteones abandonados, los epitafios insípidos, las dedicatorias en latín y el liquen en los ojos de los ángeles, en los corazones de los santos, en las risas de las gárgolas. Le fastidiaba la hierba que crecía deprisa en el cementerio, pero le consolaba creer que esa fertilidad provenía de los cadáveres.

Le esperaba una jornada larga. Debía aprovechar las horas muertas antes de la llegada de los dolientes. Acostumbraba a tararear canciones antiguas y masticar hierbajos mientras podaba. Así lo hizo, hasta que sintió un traqueteo leve, como si la podadora escupiera cansancio. Apagó la marcha de las cuchillas y comprobó el nivel del combustible. Todo estaba en orden, pero el ramalazo que percibió no era por las piedras, ni las botellas, tampoco parecía una raíz.

Escarbó en el césped triturado. Halló el dedo de una mano, ovillado como un gusano, con un anillo de oro que oprimía entre las falanges tiesas. El dedo parecía indicarle algo con ese garfio, cerrarse en sí, llamarlo para confesarle algún secreto. El podador, incrédulo, escupió el herbajo, sustrajo el anillo y botó el dedo. Le fastidiaba la avaricia de los muertos.

BOGOTÁ

No fue gol. El taponazo atravesó la línea defensiva, sobró al arquero, rozó el travesaño, salió de la cancha, cayó por la ladera —tres, cinco, veinte metros—, bajó a saltos entre las rocas —cien, quinientos, mil metros—, esquivó arbustos y musgos —mil ochocientos metros—, se sumergió en la alfombra de niebla —dos mil metros—, hasta que crujió en el fondo, a dos mil seiscientos metros de profundidad. El equipo visitante perdió por W, por negarse a bajar otra vez por el balón.

CAPRICHO

Para evitar fatiga visual y mareo, no leyó en el bus en movimiento. El semáforo cambió a rojo. Levantó el libro abierto a la altura del pecho e inclinó la cabeza. Antes de retomar la página marcada con un dedo, vio de soslayo a otro bus urbano que frenó al lado, del mismo color, con idénticas estampillas en los cristales, la misma ruta resaltada en rojo y de la misma empresa transportadora, como coches gemelos en la vitrina de un concesionario. Las puertas y ventanas de los buses estaban alineadas con paralelismo milimétrico, también las cabezas de los pasajeros, desplomadas en los teléfonos como bestias camino al matadero.

Paralelo a él, una cabeza rasurada se inclinaba hacia un libro abierto. Parecía no leer, sino mirar sobre el libro, como lo hacía él, y, como él, vestía de negro. También ese individuo estaba rodeado de pasajeros encorvados hacia los teléfonos. Con el libro en la mano a la altura del pecho, también él parecía traicionar a un dios pasajero. Mientras el semáforo rojo se retrasaba, corroboró que los viajeros del bus de al lado, uno por uno, se correspondían en vestidos y posturas con los que viajaban a su lado. Las mismas cabelleras rubias, las mismas gorras, los mismos audífonos, las mismas gafas y la misma reverencia en las cabezas inclinadas. Uno a uno, los usuarios de aquel bus eran la réplica de los de su entorno. Creyó, entonces, estar metido en las entrañas de un video.

No era una pantalla gigante, tampoco un espejo virtual. No dormitaba entre ensueños disparatados por haber visto una película o por haber leído alguna reseña sobre mundos paralelos. Le molestó que nadie más se percatara de ese acontecimiento, solo él, que no cargaba un teléfono celular para grabar el suceso.

Levantó el libro abierto sobre la cabeza, igual que lo hizo el lector vestido de negro del bus paralelo. Se preguntó si aquel hombre con cabeza rasurada lo persuadía a moverse por hilos intersiderales o si eran él y sus acompañantes quienes disponían de los movimientos ajenos. Y, si así pensaba en ese momento, su réplica del otro bus podía tener reflexiones similares o un complemento a su pensamiento. Tal vez eran parecidos físicamente, tal vez idénticos, como parecían serlo los demás pasajeros. Tal vez él también miraba de soslayo otro bus gemelo y, como a él, se le ocurría la idea de mirar hacia el lado adverso para reflejarse en otros ojos iguales a los suyos, como espejos enfrentados en el capricho de un cuento.

Cuando el semáforo se puso en amarillo, miró hacia el lado opuesto, pero no había otro bus, ni otro lector calvo, ni otros pasajeros duplicados con las cabezas caídas. Devolvió entonces la mirada. Uno de los buses debió superar al otro por diferencia de velocidades en el semáforo en verde, porque tampoco vio al vehículo gemelo. Sacó, entonces, un lapicero y una libreta de apuntes para escribir, en tercera persona, con la voz imaginada de ese otro lector paralelo.

FLASHMOB

Recitó las primeras líneas sin entusiasmo, como quien informa la hora a un desconocido. Una segunda voz se sumó a su declamación, a destiempo, con la conexión efímera de las hilachas del silencio. Surgieron más voces intermitentes para rellenar la noche. El bullicio creció, estremeció las sombras y entretejió una sinfonía tétrica y seductora que, en el clímax de su sonoridad, retornó a un mutismo fulminante (el primero en inflar los sacos vocales para croar esa oda enamoradiza, sobre una flor de loto, fue sorprendido por una mandíbula voraz, repentina, con gotitas pintadas de luna que salpicaron las demás ancas al perforar el lago), un final con sobresaltos.

ELECCIÓN

Recortes de papel cayeron al piso cuando sacó el libro de la mochila. El niño explicó a la profesora que los recortes hacían parte de la propaganda política que tapizaba las paredes de la ciudad. El día anterior, de vuelta del colegio a sus hogares, él y otros chiquillos habían desprendido los rostros de los políticos impresos en volantes publicitarios de la contienda electoral que se aproximaba. De cada fotografía conservaron un fragmento. Había recortes de ojos, orejas, narices, bocas, manos, tetas y testas; también de bigotes, anteojos, sombreros, calvicies, brazos desnudos, escotes, puños al aire, corbatas y pañoletas.

Al tratar el tema en la reunión de docentes, volvieron a caldearse los ánimos. Para un grupo de profesores, los recortes de los niños tenían la simbología democrática para escoger entre la visión del candidato progresista, el olfato del partido ecológico, el tacto de los religiosos, la memoria de los conservadores, la experiencia de los liberales y el vigor a flor de piel de los aspirantes jóvenes; mientras que el otro grupo ironizaba sobre el olfato para robar el erario, los labios para prometer en vano, los oídos sordos a la clase trabajadora, la cabeza maquinal de los rancios abolengos, el maquillaje de los delfines, las manos para oprimir al pueblo, los ojos para vigilarlos…

El enfrentamiento desembocó en el cierre del colegio por varios días. Hubo marchas de protesta y contramarchas, toma de aulas y retomas, pliegos de peticiones y peticiones de repliegue. Los niños habían tirado los recortes a la basura.

INTRIGA

El doctor se enterneció con la imagen del hijo que leía a la mamá ciega. El muchacho explicó que era un ejercicio diario que solían acompañar con música instrumental, té, galletas y uno que otro juego de palabras. Esa práctica los había unido en los últimos años, hasta el punto de elaborar un listado con los títulos de los libros que leerían el resto de sus días.

El doctor se valió de ese gancho para hablar de los exámenes clínicos de la señora. Le reveló que la enfermedad había avanzado hasta la fase terminal, que estaban maniatados para salvarla, que se resignara a esa pérdida y que tratara de embellecer los últimos momentos al lado de su madre. Ante la pregunta del muchacho por el tiempo de vida que le restaba, el doctor indicó que era incierto, que podían ser unas semanas o unos días, nunca se sabía, y que estuviera preparado porque el libro que llevaba en la mano podía ser el último que compartirían.

Aquellas palabras en el hospital lo convirtieron en un escritor, maestro de la intriga. Después de cuatro años seguía componiendo historias y adicionando páginas al mismo libro. Creaba un capítulo en las mañanas y lo leía a su mamá ciega en las tardes, acompañado de galletas, música instrumental y té.

SALVAJISMO

El balcón presidencial se engalanó para recibir al *chihuahua* rescatado de la primera dama, tras el despliegue de búsqueda que incluyó a soldados, policías, bomberos, pilotos y voluntarios que escarbaron el bosque por tierra y aire durante dos semanas. La plazoleta tembló con los aplausos de los animalistas, sindicatos, defensores de la vida, artistas, desempleados y estudiantes que apoyaban al mandatario. El *chihuahua* temblaba ante las cámaras televisivas. Nadie vio la llegada del águila que se llevó en las garras a la mascota presidencial, un pajarraco bandido que, según fuentes periodísticas, fue enviado por los oponentes del gobierno.

DESENVOLTURA

—Señoras y señores, tengan ustedes muy buenos… otra vez, muy buenos… ¡buenos días! Qué bonito es saludar y ser saludado. Disculpen que les venga a quitar uno o dos minutos de su apreciado tiempo. En el día de hoy les traigo este rico y delicioso caramelo con interior líquido en sus tres presentaciones: mora, coco y chocolate. Permítanme que pase por cada uno de sus puestos para que conozcan el producto sin ningún compromiso. Como pueden apreciar, soy un niño que prefiere este tipo de trabajo a estar en la calle apropiándome de lo ajeno. Para mí, sería fácil amenazar con un cuchillo a uno de ustedes para que me entregue lo que lleva encima. Así evitaría a esas personas que miran por encima del hombro a los que laboramos en este medio de transporte. Pero la palabra dice: "El Señor Dios viene en mi ayuda; por eso soporto la ignominia, por eso he hecho mi rostro como pedernal y sé que no quedaré defraudado". Ustedes, amiguitos, tienen la suerte de tener un trabajo, una familia, un techo para la lluvia y una comida caliente para no acostarse con el estómago vacío. ¿Cierto que tienen todo eso y que, en lugar de agradecerle a Papito Dios, prefieren mirarnos feo a los que no tenemos comida caliente ni techo? Porque la familia, gracias a Papito Dios, sí la tengo. Tengo una mamá enferma y una hermanita preciosa que esperan que yo les lleve un bocado y que complete la plata para pagar una pieza y no tener que dormir esta noche en la calle. Porque acá donde me ven, queridos pasajeros, yo soy cabeza de familia. No les voy a decir que acabo de salir de las drogas o de la cárcel, no señor, porque yo también tuve mi hogar completo hasta hace pocos meses, pero me cansé del maltrato que le daba ese señor a mi mamacita. Ustedes no me lo están preguntando, pero les digo que era verraco ver las tundas que se ganaba mi cucha porque ese señor llegaba borracho. Y a mi hermanita también me la llegó a cascar. Todos los días la misma vaina: llegaba jincho, le buscaba pleito a la cucha por cualquier pendejada y después le metía la mano, "Tenga pa que s'entretenga", le daba como a un macho, bien duro, por donde cayera el mangazo, hasta que no aguanté más y me le puse al frente, a lo varón, aunque era más alto y acuerpado. No les voy a negar que me dio duro, pero saqué fuerzas para decirle que a ellas no me las volvía a tocar, que así tuviera que matarme las iba a defender de sus borracheras, y él me machacaba a golpes, "pa que respete maricón de mierda, tenga", y terminó echándome de la casa. Y yo me salí, pero me traje a mi mamita, que sufre de artrosis, y a mi hermanita, que tiene cinco años. Por eso, me subo todos los días a los buses urbanos para ofrecer estos caramelos que representan el único sustento de mi familia. Dice la palabra que "Los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos", y con la gloria de Papito Dios sacaré adelante a mi mamacita y a mi hermanita. El precio y valor de los caramelos será el que ponga Papito

Dios en sus corazones. Yo solo les digo que cuiden lo que tienen para que mañana no les toque soportar humillaciones.

Eso es todo. Usted termina con cara de perro regañado y les repite que el precio y valor es el que ponga Papito Dios en sus corazones. No se le olvide: Papito Dios. Y, si se le olvida algo, lo rellena con algo de la Biblia, de lo que ya se sabe de memoria. Recoja las monedas y los dulces que la gente le devuelva, se baja y se sube en otro bus sin perder tiempo. Y pilas con tumbarme una moneda. Necesito otros dos pelados para la otra semana. Apréndase el libreto.

HALLOWEEN

Corrió tras el bus, calculó la puerta y se encaramó con un salto suicida. Adentro lo miraron con desconfianza, como si fuera un espectro. Distinguió entre los pasajeros a Policarpa, Camilo Torres, Jorge Tadeo y el sabio Caldas. Él estaba disfrazado de Batman, pero se subió en la ruta de Los Mártires porque no alcanzó al bus de Los Héroes.

CRÓNICAS Y REMINISCENCIAS DE TANTA FE EN BOGOTÁ

Lo buscaron temprano a lomo de burro, desde la capilla de El Humilladero hasta el río Vicachá. Bordearon Teusaquillo en carruaje y llegaron a Chapinero, colgados del tranvía. Nadie lo vio desde el trole, a mediodía, ni en los cebolleros ni colectivos que arribaron en la tarde de Suba. Regresaron en Transmi de noche, subieron en cable y terminaron en bicitaxi, porque los amarillos y las plataformas no iban hasta allá. Alguien preguntó qué buscaban después de tantos kilómetros.

—Un metro.

RECUERDO

Salió de los baños y encontró los pasillos vacíos, los almacenes cerrados y los bombillos y letreros apagados, aunque cinco minutos antes, esos mismos corredores estaban atestados de compradores, las tiendas estaban abiertas al público y la iluminación era rutilante con ofertas y promociones, bajo una melodía que aletargaba a los visitantes para que no abandonaran el lugar.

Desconcertado, abandonó el centro comercial por la puerta principal, y el escenario de afuera también lo encontró distinto. La gran avenida ya no era avenida, sino una calle polvorienta que atravesaba un potrero con malezas, casuchas remendadas, perros famélicos y sucios, muros agrietados con propagada política y grafitis vulgares con tintes sexuales. Al frente, estaba su vieja casa materna con tablas en las ventanas. Y atrás, donde unos segundos antes estaba el centro comercial, se encontraba una taberna siniestra, con prostitutas y rufianes en la entrada.

Recordó, entonces, que había salido entre tumbos y zigzagueos a orinar, y que una voz sostenida en el aire susurró su nombre. Palpó el revólver bajo el cinturón del pantalón. Se palpó también la cabeza. El viento silbaba por un orificio de su cráneo.

FORTALEZA

Desatendió la advertencia de peligro de la valla amarilla con letras rojas. Siguió de largo con convicción, sin aminorar ni apurar el paso, entre los gritos desesperados que llovieron con los escombros desde el cielorraso. Cayeron a su alrededor ladrillos, varillas, poleas y carretillas, sin lastimarle un pelo. Tampoco se detuvo en la esquina, bajó del andén y tomó la avenida, despreocupado por el tráfico. Caminó los ocho carriles entre vehículos veloces, sin alterarse por los cláxones ni los madrazos. En el último carril levantó la palma de la mano hacia el carro que amenazaba con arrollarlo, como si ese gesto fuera suficiente para detenerlo. El vehículo frenó, gimió y se deslizó entre bailes y ochos antes de invadir el carril vecino.

Siguió de largo, sin mirar atrás, y atravesó un parque con soberbia, donde fue emboscado por tres rufianes. Doblegó al primero con un puñetazo y al otro lo molió a patadas en el piso, mientras que el restante huyó tras haber fallado los disparos que le hizo, como si las balas lo evitaran. Llegó a su casa sin un rasguño, con los músculos tensos y una mueca de invulnerabilidad en la quijada. Cerró la puerta tras de sí y suspiró hondo. Tras escuchar el bramido de su esposa, sin perder tiempo, se vistió con guantes y delantal para fregar las ollas.

SEPELIO

El silencio le incomodó desde que salieron de la iglesia. Nadie lloró ni gimoteó, no hubo pésames ni lamentos, tampoco serenatas fúnebres ni palabras de despedida. Ningún colega protestó en el cementerio porque el difunto fuera tan bueno. Todos callaron. No hubo lágrimas que desfiguraran los rostros. Parecía una película muda en blanco y negro. Juró que jamás volvería a asistir al sepelio de un mimo.

DESINTEGRACIÓN

No fue amor a primera vista porque ya lo había deseado, manoseado y penetrado en el pensamiento. Cuando lo vio en la estantería superior, se sintió encandilado y creyó que el libro se contoneaba con coquetería. Corroboró que fueran el título y el autor que citaban los bajos mundos intelectuales y regateó el precio hasta donde se lo permitieron las finanzas de estudiante. Acarició la carátula con celo, camino a casa, resuelto a dejarse embriagar con el olor añejo que suelen idealizar los romanticones. La luna de miel se extendió por medio año. El libro fue besado, susurrado, subrayado y devorado durante el encierro y el retorno a la vida social. También fue citado con pasión ante sus contertulios y exhibido en una biblioteca incipiente en el anaquel principal, que estaba reservado para los inmortales.

Las lecturas variadas y las variables ideológicas, con el paso de los años, relegaron al libro a los compartimientos secundarios de la creciente biblioteca. Aún recordaba esa primera impresión en la librería, el primer olor, la primera noche juntos, aún lo amaba, idealizaba y respetaba, pero se guardaba de reconocerlo en público, como se ama, se idealiza y se respeta en secreto a un juguete de la niñez. La acumulación de experiencias y lecturas relegaron al libro al último estante de la colección, en un rincón de la biblioteca donde el polvo y los ratones terminaron de corromperlo.

El lector murió de viejo, con impotencia mental para un amor eterno. Un librero callejero compró la biblioteca del difunto a precio de huevo. En un mercado ambulante el libro se contoneó y encandiló a un muchacho de los bajos mundos intelectuales.

GENEROSIDAD

Aún no cumplía los tres años. Andaba por la finca descalzo, con camisa corta, desnudo de la cintura hacia abajo. Los otros niños le miraban como a un intruso por ser el hijo de la cocinera, como a un monstruito ahumado y maloliente a quien podían empujar sobre ortigas, halarle el prepucio, meterle insectos bajo la camisa y hacerlo salivar cuando engullían en su presencia cualquier manjar.

Como apenas hablaba, debió responder con llanto a las acusaciones de quebrar espejos, robar colombinas, comer mocos, empujar el gato a la alberca y abrir la jaula de los turpiales. Los patrones fueron generosos y lo encerraron en el galpón de gallinas para que la cocinera no perdiera su empleo. Si el mocoso se reformaba, en un par de años le darían la oportunidad de trabajar.

RUTINA

El frío lo despertó más temprano que de costumbre. Envuelto entre las cobijas, con las piernas acartonadas, esperó a que las hilachas de luz lo sacaran de la cama. Se levantó con desgano, como si no le hubieran bastado tantas horas de descanso. Culpó al cigarrillo y al licor por la fatiga matutina. Se prometió hacer cambios en la rutina sedentaria.

Un dolor en la espalda le dificultó calzarse las pantuflas y caminar erguido hasta la ducha. En el baño le repugnó su propio olor, el color de la orina, el tiempo que tardó en el retrete para evacuar. Le molestó la piel arrugada y los espejos empañados por haberse excedido bajo el agua caliente. De vuelta a la habitación necesitó varios intentos para enfundarse los calcetines al derecho y atar los cordones de los zapatos. También se le dificultó abrochar el pantalón, como si hubiera engordado un par de tallas en una sola noche.

Regresó al baño y limpió el vaho del espejo para afeitarse. Descubrió, entonces, que había envejecido veinte o treinta años. El anciano del reflejo se negaba a sonreírle.

PROPUESTA LABORAL

LAVADORES DE QK
Jornada nacional de higiene, prevención y vacunación.
Flexibilidad horaria. Básico, incentivos, horas extras.
Excelente presentación y relaciones interpersonales.
Discreción. Contrato inmediato.

La oferta no exigía experiencia laboral ni nivel académico. El lunes asistieron más de cinco mil hombres interesados en las vacantes. La cifra aumentó en los siguientes cuatro días en que recibieron hojas de vida. En cada jornada dividieron a los aspirantes en diez salones y cinco turnos para brindarles la información básica del empleo. Les explicaron que era una campaña estatal de salubridad dirigida al universo femenino de 18 a 35 años para retener al parásito recién descubierto que inflamaba el cuello uterino y aceleraba el flujo vaginal. El alto riesgo de contagio entre mujeres exigía que miles de colaboradores masculinos cubrieran la demanda nacional.

Armados con tapabocas y guantes, los expositores enseñaron a lavar con agua y jabón y a aplicar geles en los órganos genitales de las maniquíes, de adelante hacia atrás, identificando irritaciones e inflamaciones que apremiaran una revisión profesional. Exigían discreción y una disposición inmediata porque la salud no se hacía esperar. En una semana empezarían labores en los centros médicos. Con el pago del primer salario les reembolsarían el gasto de los estudios clínicos que requería la vinculación.

Más de veinte mil hombres pagaron los exámenes médicos antes del fin de semana, cuando abandonaron las oficinas que habían alquilado y se largaron con el dinero recaudado. Solo dejaron las maniquíes desnudas en actitud de sorpresa. Ninguno interpuso una demanda judicial por engaño.

PUNTUALIDAD

Acató la advertencia de la nueva gerencia y arribó a la empresa con media hora de antelación. Perdió diez minutos en la caseta de afuera con cigarrillo y café, y cinco más con una menta para el aliento y una plática de fútbol con el tendero. Esperó al lado de la puerta de la empresa sin atreverse a llamar al timbre, como en las fiestas donde prefería dar vueltas ociosas para no ser el primero en arribar.

A las 7:52 llegó un colega, sin ningún afán, y se arrimó a la puerta a charlar sobre la primera impresión de la nueva gerencia. Los demás compañeros arribaron en los siguientes minutos, a cuentagotas, hasta que a las ocho de la mañana estaban esparcidos en las aceras a ambos lados de la calle. Unos minutos después iniciaron las arengas por la impuntualidad de la nueva gerencia, que se mostró inflexible cuando se presentó, y ahora demostraba cinismo y arbitrariedad. Los murmullos subieron de tono y contagiaron a más trabajadores, pero ninguno llamó a la puerta.

A las 8:40, tras un conato de acción sindical de medio centenar de empleados irritados, se bajó de un taxi el único trabajador que llegó tarde. Traía los ojos rojos, el rostro pálido y un tufo a cantina recién abandonada. Sin ocultar el desconcierto, preguntó a los de atrás por el motivo de los primeros en llegar para no haber entrado a la empresa. Un cruce de miradas empezó a avanzar desde los últimos hasta los primeros en arribar, en efecto dominó, trabajador tras trabajador, escudriñando en las retinas una pregunta sin formular, pasando de la burla al escozor, a la incredulidad, agitándose por saber quién o quiénes habían llegado primero y habían llamado a la puerta, a esa puerta que representaba la inflexibilidad de la nueva gerencia.

La cadena de miradas avanzó, creció y se fortificó. Cuatro ojos, seis, ocho, diez; cuarenta y dos, cuarenta y cuatro ojos, setenta, setenta y dos, noventa y cuatro ojos, noventa y seis, como la culebra de los teléfonos móviles en zigzag, sin pisarse la cola, hasta que se abrió la puerta de la empresa con un silencio atronador. En ese momento, la cabeza de culebra, con sus cien ojos escrutadores, se acercaba a los ojos asustados del primer empleado en arribar para devorarlo con la pregunta obligada, la pregunta que nadie había hecho porque todos dieron por sentado que su antecesor había llamado a la puerta, al timbre, al citófono, al comunicador. Nadie llamó por confiar en su antecesor, porque la confianza era el pilar del trabajo en equipo, como lo promulgó en su presentación la nueva gerencia. Una gerencia inflexible que no tembló al firmar cerca de cincuenta despidos por incumplimiento del horario laboral.

CONTRATIEMPO

Esa mañana no revisó el inodoro antes de sentarse. Había hecho pereza bajo las cobijas y no le quedaba tiempo para malgastar, ni siquiera para desayunar. Para ganar unos minutos, se cepilló los dientes mientras defecaba, se ató los zapatos y se perfumó. Quiso levantarse para usar el lavamanos, pero algo lo atacó desde el retrete.

No fue una rata o una serpiente, como lo había temido desde la infancia. Ni siquiera supo qué era, incapaz de mirar a su agresor. Algo frío enganchó sus nalgas y haló hacia abajo. Imaginó un hocico, una pinza, una mano, un tentáculo, mientras se colgaba de la aldaba de la puerta para zafarse. La fuerza que lo sujetaba era potente. Ganó unos centímetros cuando se sujetó con los brazos a la base del lavamanos, pero también cedió y se rompió, como habían cedido la puerta de la ducha y la toalla que colgaba de un garfio.

Después de media hora de lucha, logró liberarse. El retrete se accionó solo, sin su intervención. El pánico y el cansancio no le permitieron mirar lo que se llevaba el remolino. Tenía la ropa ajada, las carnes magulladas, el rostro y la espalda sudorosos. Necesitó unos minutos para calmarse, cambiarse de ropa y salir entre maldiciones para el trabajo. No llamó al jefe para informarle que llegaría tarde, le pedirían malditas explicaciones que no iban a creer.

ENTREVISTA

Sometió a los aspirantes a una clínica de ventas para reconocer sus destrezas comerciales. A unos les hizo vender un hueco, a otros, una nube, el aire, el eco, un abrazo, un guiño, un rayo de sol. Los convocados habían pasado otros filtros con habilidades superlativas, casi comparables a las suyas, una leyenda viva de la venta en frío. Entre el grupo de vendedores una mujer acaparó su atención.

—Convénzame de comprar algo que nadie querría comprar —la retó, con la mirada de un cliente dispuesto a no dejarse engatusar.

Ella propuso venderle la muerte, segura de que en pocos minutos él mismo se arrodillaría para adquirir el servicio. Como obsequio de la compra le revelaría la fecha exacta de su defunción. Soltó un botón de la blusa. Fue contratada.

MAESTRÍA

Al muchacho le entusiasmó la casona esquinera con ventanas panorámicas, los marcos de madera, el jardín salpicado de violetas, los focos oblicuos que resbalaban sobre las paredes y el esplendor del interior con el tapete oriental, la biblioteca en la sala de estar, los muebles antiguos con predominios de maderas, la luz mortecina entre las cortinas pesadas, las flores, los manteles y los menajes que resaltaban la importancia del evento. Tuvo suerte de conocer al homenajeado antes del inicio de la ceremonia. Se trataba de un hombre canoso, rubicundo, de manos suaves y sonrisa fácil, metido en un traje de elegancia anticuada. Se lo presentaron como el bardo. Sin sonrojarse, enumeraron los premios y reconocimientos obtenidos por el poeta, además de señalar los diplomas y las condecoraciones que llenaban las paredes. El bardo lo saludó con una sonrisa modesta.

El orden de la ceremonia fue el siguiente: primero, entonación del himno nacional; segundo, corridilla de panegíricos; tercero, baile en su honor; cuarto, brindis; quinto, alegoría bibliográfica; sexto, medalla al mérito y placa conmemorativa, y, séptimo, palabras del galardonado, que tampoco economizó retruécanos y autoelogios para referirse a toda una vida dedicada a las letras. Ante el clamor general, al final recitó con entonación dramática sus versos más recordados.

En la comida de despedida conoció a otros viejos poetas con condecoraciones similares. Lucían medallas en las solapas y se presentaban con más título que el Dios del Antiguo Testamento. El muchacho salió asfixiado de la casona. Afuera escuchó la maestría de un pájaro en la oscuridad, solitario entre las sombras, sin aplausos.

RAPTO

Por un descuido minúsculo perdió de vista a su hija en la Feria Internacional del Libro. El gentío era descomunal. Tras un instante de angustia, la encontró frente a un muro, alterada por las lágrimas, y miró el lugar que ella señalaba. Algún irresponsable había colgado un poema al alcance de la sensibilidad.

REBELDÍA

Ella concluyó que ni siquiera eran esclavos, porque a los esclavos les colgaban grilletes y cadenas, pero tenían libertad de levantar la cabeza. En el bus urbano ninguno elevaba el mentón, ni siquiera los pasajeros colgados de los pasamanos. Todos inclinaban la cabeza en una irrealidad ajena. No conversaban ni se miraban a los ojos, ni en ese bus ni en los demás vehículos públicos y privados, incluso los peatones caminaban con la cabeza caída, sobre por el pecho, como marionetas abandonadas al final de la función.

Ella probó con desnudarse y con un baile erótico en los tubos del pasamanos, pero fue inútil, todos estaban sumergidos en sus respectivos libros.

LIMPIEZA

El empellón del viento removió papeles, envolturas, periódicos desleídos, impresos desechados e informaciones efímeras que huían del olvido; tejió con las palabras una estera flotante que se coló en las casas; derribó diplomas, carteles y calendarios; se impulsó con brío en las calles para desprender letreros y vallas comerciales, propaganda política y obituarios, señalizaciones y prohibiciones, recordatorios y omisiones; indómito, arrancó de los ciudadanos expresiones de estupefacción, berrinches infantiles y plegarias seniles; invadió escuelas, iglesias, bibliotecas y oficinas públicas para arrastrar cada folio y cada fonema, cada palabra y cada firma insustancial; al acecho, inmisericorde, rastrilló grafitis en las paredes y aplacó las exclamaciones con un silbido atronador, creciente, arremolinado; hurgó en las entrañas del planeta y sustrajo esqueletos de idiomas, lenguas pulverizadas por los siglos, decálogos y certezas arcanas, simbologías, obsesiones y temores encriptados, entre nubes de arsénico, entre grietas y brumas decodificadas; siempre girando, devastador y devastado, limpió la arena, la corteza vegetal y la piel callosa de las rocas, y las libró de cualquier iconografía, de cualquier vestigio narrativo; infalible y apocalíptico, cercenó los cerebros para extirpar los secretos siderales, los cánticos beatíficos y las cuerdas vibratorias que se buscan para fecundar las palabras; airado y aireado, omnipotente y omnipresente, miró la devastación que dejó a su paso, y buscó y rebuscó un punto final, una palabra final y un final para concluir.

FRANQUEZA

Ondeó el volante publicitario ante el vendedor.

—Aquí dice que son muebles “de maderas de altísima calidad”.

—Sí, señor.

—Dice: “altísima calidad”. Y dice: “maderas”.

—Sí, señor.

—Usted me vendió maderas, pero me enviaron a la casa aglomerados. Las vetas están pintadas. ¿Usted conoce la madera de verdad? ¿Sabe qué es un árbol?

—Sí, señor.

—Sí, señor; sí, señor; sí, señor. El cliente siempre tiene la razón. ¿No sabe decir más? ¿Al menos tienen algo natural, que no sea industrial, algo que provenga de un árbol?

El vendedor afirmó con la cabeza y le indicó el papel publicitario.

CASCARÓN

El reloj biológico lo despertó a las tres y treinta y tres de la mañana, como lo había programado con su mejor amigo. No abrió los ojos ni estiró los músculos con espasmos de insecto herido. Antes de ocupar el pensamiento con nimiedades, respiró profundo, lento, diafragmático, por cuatro ciclos, sin salirse del intersticio entre la vigilia y el sueño. Exploró en la mente cada centímetro de su cuerpo, desde las uñas del pie hasta la coronilla, sin descuidar las inhalaciones y exhalaciones. Toleró la picazón en las entrañas, la pesadez repentina y la piel acartonada que le exigía regresar al sueño o despertarse. Las piernas se desmoronaron poco a poco y, luego, los brazos se volvieron gelatinosos, hasta desprenderse del caparazón del cuerpo y flotar en la habitación como un muñeco de helio.

La meditación contuvo una levitación impetuosa. Se observó a sí mismo tendido en el lecho, desde el techo, como una libélula que contempla su exoesqueleto. Flotó en la alcoba para relajarse antes de atravesar la puerta cerrada, como se lo aconsejó, horas antes, el por entonces mejor amigo, mentor y maestro. Bajó del dormitorio a la sala y salió de la casa traspasando la pared, más gruesa y complicada para un inexperto como él. Afuera había niebla sin frío, penumbra sin pánico, silencio sin paz interior. Alcanzó la esquina de la cuadra que había visualizado con el entonces compañero de vivienda, mejor amigo, maestro y tutor, y fue hasta el parqueadero comunal para esperarlo a la intemperie, a pocas casas de su casa, confiado en que nadie lo veía.

Se cansó de esperar a quien lo instruyó en "el arte del desdoblamiento", con quien se había citado "a las tres y treinta y tres de la mañana en punto, lo que nos demoremos en salir al parqueadero", para expandir la consciencia y sortear las peripecias de un posible viaje astral. Antes de regresar a su casa, visitó los dormitorios de las mujeres que lo traían loco en el barrio. Saciados los impulsos de sátiro, descaminó el trayecto tras el rastro luminoso que habían dejado sus huellas, como se lo había advertido el que fuera su vecino de alcoba, maestro y mentor —antes del incumplimiento, su mejor amigo—, y encontró en el camino de vuelta a tres monjes con capucha y sandalias. Contempló el cíngulo plateado del monje del centro —no lo miró a los ojos, ni escudriño a los monjes de los lados— y tomó el camino que señalaba esa mirada.

Regresó a casa, atravesó las paredes con destreza, caminó sin levitar en su alcoba y volvió a verse tendido en la cama, pero le fue imposible meterse otra vez en su cuerpo. Dormía en una posición que nunca había utilizado, sin la apariencia de un cascarón de libélula, ocupado por el aura de forastero.

Debió esperar al mediodía cuando ese, su cuerpo, abandonó la cama por el lado opuesto al habitual y utilizó su ropa —que era de ese cuerpo, pero no suya— con otras combinaciones. El forastero en su cuerpo habló con términos nuevos y lanzó chistes

ajenos. El vecino de vivienda, que alguna vez fue su mejor amigo, maestro y mentor, desconfió de esos cambios y lo increpó por embustero. También le reclamó un supuesto acoso a su novia y la pérdida de unos ahorros encaletados en la casa.

No necesitó más provocaciones para que el alumno renovado desatara una violencia que él desconocía. Quien fuera su vecino de alcoba y aprendiz de viajes astrales, casi un mejor amigo que lo superó en las lides paranormales, lo abatió en su propia casa con esa mirada tan suya que parecía de otro en el momento de acuchillarlo a sangre fría, sin remordimientos, como si agrediera a un animal o a un desconocido.

RETRASO

Salió de la casa con el niño de la mano. Tras caminar dos cuadras, le pidió al pequeño que lo esperara allí, en la panadería del tío, mientras él regresaba por una chaqueta, un gorro y una bufanda. El viento era frío y prometía aguacero. Para no estropear el paseo al parque, que tantas veces había incumplido, dejó al niño al cuidado del tío mientras él regresaba a la casa. Recogió las prendas del pequeño e hizo un par de llamadas telefónicas. Aprovechó para contestar correos atrasados y tener sexo fugaz con la criada.

Salió apurado, pero debió regresar para equiparse con un maletín y prendas térmicas para él. Antes de volver a salir, se acostó con la nueva vecina, hizo dos llamadas laborales y cerró el contrato con la empresa turística para su próximo viaje al exterior. Como se hacía tarde para el paseo con su hijo, decidió que llevaría la moto y, de paso, le compraría un regalo para compensarlo por la espera.

Volvió a salir de la casa y volvió a retornar a ella, porque creyó que no debía exponer a su hijo a la velocidad y al viento helado de un viaje en motocicleta. Sacó el coche del garaje y, mientras calentaba el motor, cerró un negocio por teléfono. Intentó seducir a una desconocida antes de arrancar. Como el camino que había hecho desde la panadería era de una sola dirección, debió bordear la calle para salir a la avenida principal, meterse en la glorieta recién construida, girar por atrás, evitar el viaducto, volver a girar y regresar. El tráfico vehicular aumentaba en cada calle. El cielo empezaba a oscurecerse cuando arribó al sitio donde debía recoger a su hijo. Por suerte no estaba solo, parecía divertirse con una mujer.

Las excusas por la tardanza y las explicaciones que rindió no fueron escuchadas. Preguntó por el tío y le recordaron que había fallecido hace muchos años. Quiso entablar una charla con los recuerdos de aquellas calles, cuando existía la panadería, la vieja casa familiar, los vecinos y el parque desvencijado, pero solo recibió un gesto afirmativo y repetitivo, una sonrisa mal congelada.

Cuando el hijo le pidió que se abrigara y que lo esperara un momento mientras hacía una diligencia, el anciano advirtió que volverían a fallarle con el paseo prometido.

IMPASIBILIDAD

Me sorprendió la habilidad de Eduardo para robar en el museo. Siempre lo creí un individuo básico, pusilánime, incapaz de acciones memorables. Ni siquiera sabía que se interesaba por el arte, porque el dibujo al carboncillo que escondió en la chaqueta valía un dineral en el mercado negro. Un tesoro que no alteró su paso al salir del museo, como si fuera un oficinista que sale del trabajo con un dibujo vulgar debajo del brazo. Lo acompañé a su apartamento y vi que colgó el dibujo al carboncillo entre otras pinturas genuinas, de exquisito gusto, sin duda también robadas.

Nos sentamos en la sala para degustar una cerveza, sin hacer comentarios. Eduardo destapó una cesta de mimbre y extrajo un gato de melena brillante color tabaco que parecía sonreír cuando fue liberado. El porte del animal era prepotente, como si midiera el alcance de su hermosura. El gato caminó por la sala con pasos principescos, ajeno a nuestra presencia y a la del otro gato de la casa. Ese segundo gato era criollo, con pelos blancos, grises y negros, que dormía en un rincón y parecía no inquietarse con el desfile del príncipe gato.

El príncipe color tabaco se revolcó en la alfombra, posesionado del territorio, rio con colmillos pendencieros y ronroneó con la altivez de quien recita una poesía. Cerró, entonces, los ojos y se estiró de patas a rabo, como si practicara yoga. Su cuerpo se dividió en el estiramiento en dos partes iguales. La cabeza y el lomo permanecieron en la alfombra, boca arriba, y las patas desprendidas caminaron por la sala en un recorrido elíptico.

El gato criollo, que no se había perturbado con la aparición del intruso, saltó con precisión sobre la cabeza del felino vanidoso y lo inmovilizó con las garras aferradas al cuello. La sonrisa arrogante se desvanecía en el gato dividido. El criollo, a su vez, levantó una pata, exhibió las uñas afiladas y las hundió en el pecho del contrincante. En el otro extremo de la sala, las patas color tabaco caminaron hasta esfumarse. Desaparecieron cuando desapareció el medio cuerpo color tabaco. En su lugar, el criollo resplandeció con una melena brillante, y junto a las manchas blancas, grises y negras, apareció una franja de pelos color tabaco.

Eduardo destapó dos cervezas y rompió el silencio con un comentario de fútbol. Los goles que revivimos acapararon el resto de la noche. No tocamos el tema de las pinturas robadas, ni del gato dividido y el gato asesino. Nunca se termina de conocer a los amigos.

PERSUASIÓN

—El mejor hoyo que puede encontrar, usted mismo puede hacerlo más hondo, más profundo, sin ningún valor adicional.
—Y ahora va a decir que me obsequia la tierra…
—Claro que sí, la que necesite, y dos oraciones de mi parte. Firme aquí, aquí y aquí. En este espacio escriba el epitafio.

TURISMO

No atendió la sugerencia de buscar a otra persona para que tomara la fotografía. Alegó que una abuelita no podía huir corriendo, que ni siquiera tendría idea del precio de un celular de última gama. Instruyó, entonces, a la anciana en capturar la imagen y oprimir el botón. La fotógrafa enfocó a la pareja y pidió que retrocedieran dos pasos para que se vieran de cuerpo entero.

La pareja retrocedió, sonriendo, sin dejar de mirar al teléfono. La anciana propuso un abrazo más fuerte, una sonrisa más cómplice y que retrocedieran otros dos pasos para que el mar sirviera de fondo. Retrocedieron dos pasos, se abrazaron y sonrieron. Dos pasos más hacia atrás para congraciarse con la anciana y un beso para reemplazar la sonrisa.

—Digan güisqui. Un pasito más.

El piso cedió a escasos metros del acantilado. Antes de que la pareja cayera entre un abrazo, la anciana aceptó el teléfono heredado.

BIBLIOFILIA

El payaso que tenían por gobernante se salió con la suya. Después de cerrar las librerías y bibliotecas y de prohibir la lectura en los espacios públicos y privados, advirtió el incremento de los jóvenes rebeldes que leían a hurtadillas en los rincones de las cafeterías, en los parques y en los recintos ocultos a las cámaras de video; otros, marrulleros y pendencieros, leían con descaro en las narices de las autoridades civiles y militares, enfrentando la amenaza del bolillo con el volumen de sus libros, abrazando esos ejemplares como a hijos desvalidos y apelando a un derecho desperdiciado antes de haberlo perdido.

El payaso que tenían por gobernante siguió esperando el asalto violento a las librerías y la toma de las bibliotecas para que cada ciudadano adoptara un libro, para que los empuñaran como armas y salieran a las calles con libros y niños tomados de las manos. Solo entonces renunciaría al poder y aceptaría la condena de una comunidad ilustrada.

PLEGARIA

—“Creced, multiplicaos y llenad la tierra”, hermanos. Y recuerden la promesa del Creador: “Te haré prosperar y tu descendencia poblará todas las naciones de la tierra, será incontable esa descendencia como las estrellas del cielo y la arena del mar”.
—¡Amén! —corearon los mosquitos.

DOCTRINA

Tuvieron inconvenientes para crucificarlo. El hombre se retorcía, zafaba los clavos, hacía tambalear el madero y tenía una mirada vacía. Creyeron haberlo dormido con la anestesia, pero no pudieron evitar los espasmos que complicaban la labor del bisturí. Desde el cuello rajaron la piel hasta la zona pélvica, con una ligera curva en el ombligo. Expusieron al aire los intestinos, el hígado, el estómago y el páncreas; trozaron las costillas para sacar el esternón, y exhibieron el corazón que aún latía, los pulmones que aún respiraban y la sangre que aún fluía antes de estancarse en la inactividad.

Una hora después, el hombre no se retorcía ni miraba a la nada con ojos vacíos. Continuaba clavado en el madero, con el vientre abierto y las entrañas afuera, cuando los alumnos rana botaron al cesto de la basura la disección de la clase de biología, apurados por salir al recreo.

GREMIOS

No fue una ligereza de la ciudad en su Política Integral de Conservación de Parques y Áreas Protegidas (PICPAP). El juez que sentenció a favor de la Asociación Nacional de Corredores, Trotadores y Caminantes al Aire Libre (Anacotcal) confirmó que en el presunto accidente existió alevosía: "el sedentarismo del arbusto debió envidiar los movimientos repetidos del deportista y propició la zancadilla con una raíz, previa bofetada con una rama, cuando el ciudadano perdió su concentración por el siseo insólito que provenía de los follajes".

El juez reconoció una indemnización por lesiones físicas, pero evitó la pena capital para el procesado. La tala o la poda hubieran engrasado la maquinaria jurídica de los Defensores de Árboles de la Ciudad (DAC), los Defensores de Pájaros y Lagartos Urbanos (DPLU), los Protectores de Raíces y Rizomas de los Parques Públicos del Distrito (PRRPPD) y otras asociaciones sin ánimo de lucro.

CONFIANZA

Todo su cuerpo es verde: antenas verdes, alas verdes y patas verdes. Suele posarse con descaro en los brazos desnudos de los humanos. Su belleza despierta un interés hipnótico que impide aplastarlo de un manotazo. Se deja contemplar con una altivez que pocos insectos ostentan. A diferencia de las mariposas y las libélulas, despliega su encanto con desfachatez, posado en el brazo desnudo sin temor a ser aplastado, como si retara a los huéspedes a destruir una obra de arte.

Los cobardes y precavidos agitan el brazo por temor a un pinchazo. Los demás, después de unos minutos de veneración, se olvidan del insecto verde hasta que los apremia la necesidad de rascarse. La roncha de su picadura es descomunal, consistente, sobre un agujero dilatado que parece hecho por un bicho de mayor tamaño. Lo que viene después varía muy poco: fiebre nocturna, insomnio, delirios de persecución, un hormigueo que asciende desde el brazo hasta el occipucio y pérdida progresiva de la voluntad.

Al siguiente día, cuando el sol alcanza el ombligo del cielo, sin excepción, la persona que fue picada sube al lugar más alto de su entorno (la copa de un árbol, la terraza de un edificio, la baranda de un puente, la torre de un castillo o el campanario de una iglesia), casi siempre con pasos torpes y presurosos, como si careciera de voluntad.

Los médicos forenses coinciden en dictaminar un suicidio sin auscultar el cerebro del difunto. No persiguen el caos neuronal conectado por un hilo químico desde la corteza prefrontal —donde los humanos toman las decisiones— hasta la roncha del brazo, donde un nido de larvas verdes se alimenta de carroña, mientras le crecen alas verdes, antenas verdes y patas verdes.

TRUCO

No se llamaba Jesús, ni siquiera era creyente, pero lo recordaban como *el Cristo* por lo sucedido aquella tarde en el río. Ese día, después de clases, habían ido a nadar en la hondonada y a jugar con una pelota en el agua, mientras los más osados saltaban desde unas piedras agrestes que aún no redondeaba la holgazanería del tiempo.

El Cristo —que todavía no era llamado así— deleitó esa tarde a sus compañeros de escuela con el nadado de perro; el de gato; el de sapo; el de alcancía, en el que se sumergió completamente y asomó a la superficie el culo desnudo, y la imitación de animales incapaces de nadar, como el gorila, al que representó con muecas de terror y chapoteos mientras parecía tragado por el agua. Buscó en el fondo supuestas perlas y emergió en el otro extremo del pozo, entre las rocas y los árboles caídos, después de un tiempo prolongado que generó pánico por un posible ahogamiento. Repitió esos buceos con apariciones tardías en rincones lejanos e inesperados.

Para concluir la exhibición, prometió salir del fondo con un impulso potente que dejara al descubierto el dorso y los brazos extendidos, como si estuviera crucificado sobre las aguas. En los primeros intentos, con un ligero abucheo de los demás, logró sacar a la superficie los brazos, el pecho y la parte superior del vientre. En la última ocasión, les hizo tragar las rechiflas y descubrió gran parte del cuerpo en forma rígida —unos afirmaron que sacó el cuerpo desde la cintura; otros, que más allá, desde las rodillas, y otros más, que vieron emerger sus tobillos, sobrepuestos como un Cristo crucificado, y que salió completo e intentó caminar sobre las aguas—, con los brazos abiertos, el mentón caído y los ojos apagados, creando una imagen fantasmal que no podían borrar del recuerdo. Después de haber conseguido esa posición inaudita —los compañeros lo recordaron con idéntica sorpresa—, abrió los ojos con horror y se hundió de golpe, como absorbido por las aguas turbias, sin chapoteos ni nados exagerados.

Los aplausos por la hazaña se tensionaron cuando volvió a retardar el regreso a la superficie. Le gritaron que esa desaparición prolongada no era graciosa; le exigieron salir; se lo suplicaron; buscaron detrás de las rocas, entre los matorrales y en los rincones donde acostumbraba a aparecer, y hurgaron el agua con palos, el aire con gritos y la tierra con lágrimas. Ya estaban grandecitos para creer en La Llorona, La Patasola o el supuesto guío que merodeaba la hondonada. Preferían achacar la desaparición de ovejas y terneros a los ladrones locales, y creer que usaban esa leyenda para alejar a los jóvenes del río. Sea como sea, algunos dicen que arriesgaron sus vidas por buscar a *Cristo* y otros, que *Cristo* murió para salvarlos. Todos concuerdan en que llevan a *Cristo* en el corazón.

PROTOZOO

Cambió la novela por el microrrelato.

SALUD

La botella de aguardiente entró en el área rival dando tumbos, trastabilló en cámara lenta y cayó con espectacularidad cinematográfica, como empujada por un tifón. Los cigarrillos protestaron que el aguardiente alteraba la realidad. El juez dispersó los reclamos que humeaban en su entorno; sacudió la mano con donaire de bailarina lírica; llevó el índice a los labios, luego, al pecho, a los audífonos y otra vez a los labios, y señaló el punto blanco con resolución. Falta, penalti, pitó.

Entre brindis y cortinas de humo los niños saltaron en las tribunas. El remezón sacudió los cimientos del estadio, las casas de apuestas, los muros de los hospitales, los hoteles, los colegios públicos, las emisoras. La imagen de la cajetilla de cigarrillos frente a la botella de aguardiente, a doce pasos, congeló al país.

LENGUAJE

La vieja palabra —en el asilo para viejas palabras, rodeada de viejas palabras, orgullosa por momentos de ser una vieja palabra, excluida y olvidada por ser una vieja palabra— recibió a un visitante ocasional, como los recibían las demás viejas palabras, pero no dijo ni media palabra. Los visitantes del asilo solían ser aburridos, arrogantes y seniles, aunque a veces iban aprendices de poetas, estudiantes de derecho y catedráticos de filología. Eran esporádicas y atropelladas las visitas de políticos, líderes religiosos y periodistas. Pocas veces recibían a las nuevas palabras y, cuando iban, se sentía un hálito de añoranza y admiración, mezclado con otro de luto y desolación.

Durante su esplendor —mucho tiempo atrás—, la vieja palabra había sostenido que los engranajes de su época debían ser movidos por las nuevas palabras por estricto orden natural. En esos días aseguró que la expansión y los cambios no podían detenerse por romanticismos atávicos. Por eso ahora, en el asilo, no le sorprendió la mirada altiva y radical de aquella visita ocasional.

El visitante de turno se detuvo poco tiempo ante la vieja palabra. Hizo lo propio con otras viejas palabras. No las consoló con rememoraciones sobre mejores épocas. Solo les regaló una mueca que podía ser de saludo o de despedida. Se fue, sin pronunciar una palabra, y dejó una caja olvidada en la entrada del asilo.

La vieja palabra conocía esas miradas altivas y esas muecas ambiguas de bienvenida y despedida. Por eso, no dijo ni media palabra. En su época no se habían inventado las cajas explosivas con temporizadores, pero ella también saludó y dijo adiós alguna vez, sin mediar palabras, entre hogueras, puñales y guillotinas.

CAPÍTULO XC

Donde se cuenta y se da noticia de la desventura del afamado arquero que salió a cazar mariposas en territorio de gigantes y de andadillas y otros sucesos dignos de saberse y contarse

En un lugar de la cancha, de cuyo nombre no quiero acordarme…

BABEL

Se entendían a la perfección porque utilizaban el mismo idioma y las mismas palabras, y compartían las mismas ignorancias y ambiciones. El trabajo mancomunado permitió sembrar las bases para la edificación en el tiempo proyectado. Utilizaron ladrillos cocidos al fuego y betún para levantar la torre, escala tras escala, con la pretensión de llegar a ese cielo incierto donde fluyen, como dos ríos divergentes, el misterio y la creación.

El hombre se enteró de la torre que estaban levantando los dioses, enredó sus lenguas y los conminó a hablar en idiomas diferentes. Los dioses se dispersaron por diversos siglos y lugares.

07/05/24

Primer movimiento

Con resolución, la mano entra y sale del bolsillo, lo palpa como si buscara algo, se desliza por su muslo, alcanza la rodilla izquierda, se eleva con cautela, desciende, se eleva, vuelve a descender, reposa en su rodilla, confirma la redondez de la rótula, espera y sigue los acordes de la música con el tamborileo de los dedos.

Segundo movimiento

Con intensidad, estira los dedos en dos ocasiones, prepara el salto, brinca desde su rodilla izquierda hasta la rodilla diestra de ella, aterriza con suavidad, poco a poco se asienta y siente el hormigueo y el calor de aquella pierna, las *llamas del infierno*. La mano también arde, tiembla, se quema y anhela ascender y chamuscarse. La música se detiene, y la mano espera.

Tercer movimiento

Acompasada, la mano asciende con precisión sobre la falda; condensa el tacto en la yema de los dedos; siente los pliegues de las enaguas y el temblor contenido de la carne; explora; tiene prisa, pero no se apura; tantea los estremecimientos del muslo, y bordea un precipicio sin dejarse caer, hasta que la mano es interceptada y detenida por la mano de ella armada con un abanico, una mano suave y a la vez enérgica, decidida a defender el pudor, una mano que forcejea con la mano forastera; no le permite avanzar; se sobrepone al sudor y a la caída del abanico y los manguitos, y acude a las uñas que rasgan la muñeca masculina para que deje de luchar. Los instrumentos también cesan, y los sonidos simples resuenan en el teatro.

Cuarto movimiento (coral)

Las manos forcejean con vigor en una riña de arañas, y se tejen cuchicheos, explicaciones inconexas, conatos de bofetadas y dos fugas dilatadas. Algunas manos arrastran sillas y no esperan el final; en el escenario, las manos del director rasguñan el aire, cerca de las manos ajadas del compositor, en el podio, embutido en un ridículo frac verde. La mano frustrada aprieta los puños y persigue a la mano con manguitos y abanico. Es una mano obstinada que también es capaz de soportar la locura senil de un sordo que le metió voces a una sinfonía extensa, de más de una hora, una mano

que no aplaudirá el final de ese noveno aborto que pretendía cantarle a la alegría, una mano que pretendía escribir, en el periódico vienés del siguiente día, que esa plétora de ruidos nadie más la escucharía.

EXCLUSIÓN

Había más perros que humanos en el centro comercial, unos con chalecos y corbatines, otros con cachuchas y zapatos de silicona. Otros lucían pecheras, gafas, chaquetas, peinados estrambóticos y moños que ellos mismos cuidaban. Había gatos en guacales, conejos en maletines transparentes, un pato, dos mini cerdos, un pavo y un perico australiano sin patas que se movilizaba con pequeños saltos sobre sus ñocos.

El tableteo en el techo anunció un aguacero. En una de las entradas del centro comercial se desató un escándalo que desvió la atención de clientes, mascotas y vendedores. Un hombre gritaba que tenía derecho a entrar, pese a los zapatos desgastados, la ropa roída y el descuido de sus cabellos. Alegó que no tenía moquillo ni pulgas que pudiera contagiar a las mascotas.

—El centro comercial se reserva el derecho de admisión —le dijo uno de los vigilantes que impedían su ingreso, con una mano en el bolillo y la otra en el radio comunicador.

El hombre rechazado continuó la pataleta bajo la lluvia. Dijo que él había ayudado a construir ese centro comercial, ladrillo a ladrillo, lluvia tras lluvia, mes tras mes, para que ahora lo disfrutaran los animales. Se postró en cuatro patas, hizo el ademán de rascarse el costado, ladró y aulló ante los teléfonos de las personas que grabaron la escena. Los perros bajaron la mirada, con gestos avergonzados fingieron indiferencia. Ninguna mascota educada haría un berrinche público en un sitio cerrado.

CORAZONADA

Metió el billete y oprimió los números para extraer una chocolatina de la máquina expendedora del hospital. Los engranajes traquearon, apareció en la pantalla Error, oprimió la tecla Devolución y salió por la ranura un billete de mayor denominación. Probó suerte con un café para su mamá que esperaba en la habitación. La máquina volvió a negar el producto y le devolvió más dinero del que había insertado. Sin nadie cerca, intentó sacar gaseosas, *snacks,* chicles, leche achocolatada, con billetes de diferentes denominaciones, pero aparecía siempre el error, la golosina no salía y, en su lugar, la máquina le devolvía un billete de mayor valor.

Sacó más dinero de la ranura hasta desocupar la caja menor de la máquina expendedora. Sin un producto, pero con los bolsillos de la bata llenos de billetes, caminó a la habitación, donde halló a su madre y a su hermana fundidas en un abrazo. Las mujeres no atendieron a su llamado, no pudo extraerles una sola respuesta a sus preguntas que tampoco escuchaba. Nadie en ese lugar emitía sonidos mientras hablaba. Sintió un frío externo nacido desde adentro. La bata azul cubría una desnudez que nadie miraba.

RESIGNACIÓN

Entraron por el resquicio del techo y revoletearon bajo el techo de acrílico. Disfrutaron el calor acumulado, el resguardo de la lluvia, la ausencia de predadores y la comida que hallaban sin esfuerzo en el piso, sin necesidad de buscarla. Bajo las sillas y mesas encontraron granos de arroz, trozos de papas, tortillas, bizcochos y el maná profetizado por las Aladas Escrituras. Al fondo, atraídos por el calor, se paralizaron con la imagen del infierno. Había cuerpos acéfalos entre el fuego, desplumados y atados de las patas, en una noria que rostizaba los pellejos. Demonios sin alas devoraban a sus hermanas aves como lo profetizó el libro de las Revelaciones.

INGENUIDAD

Confesó que sus libros no eran poéticos, sino patéticos, y que no lo llevarían a la fama, pero le servían para llevar a mujeres ingenuas a la cama. Ella esbozó una sonrisa tímida ante la ocurrencia, respondió al beso de buenas noches y fingió leer uno de sus libros mientras el escritor se dormía. El lomo de las *Obras completas* fue suficiente para astillarle el cráneo.

VANIDAD

Con paso lento, ceremonioso, los trastos desfilan sobre los hombros sucios y enmohecidos de hombres y mujeres que comparten el silencio. Hay tinas oxidadas, corazas de automóviles, esqueletos de escritorios, parasoles desteñidos, tinajas mordidas por el sol y un cortejo de cachivaches que merodea el flanco civilizado de la montaña. La procesión camina con dirección incierta, un hormigueo de moluscos que acumula conchas para ocultar su miseria.

Hombres y mujeres caminan descalzos, con rostros macilentos, sin una mueca, vestidos con harapos, las pieles cuarteadas por el tizne y por la acumulación de sol, y los cabellos enmarañados que soportan el vaivén de los trastos. Avanzan con desidia. Siguen el rastro que se traga la niebla. El horizonte no existe. Todo está sepultado en la memoria.

Algunos continúan hurgando en las carnes de la tierra. Cualquier objeto abombado los unirá a la procesión. Las garras perforan, destruyen lo destruido y sopesan entre un inodoro, una batea y un vinilo sin oficio. Las llagas se acumulan en las manos, los muslos y los pómulos, y se turnan entre hedores para hacer erupción.

El sol también se turna con la lluvia con singular armonía. Son atraídos por la vanidad de la tierra que cicatriza sus llagas, sus socavones y sus escombros de cachivaches, y los cubre con una colcha verde de pastizales y flores. Coqueta, la tierra se presenta ante los nuevos inquilinos con una belleza virginal.

ALOCUCIÓN PRESIDENCIAL

El macabro duende se asomó a los televisores y reclamó como obras de *su* gobierno las medallas olímpicas que alcanzaron los atletas, los discos de oro, la nominación al Óscar, las condecoraciones a las madres indígenas, el *Récord Guinness* a la mermelada más grande, la visita centenaria de un cometa sideral, la lluvia de estrellas, la beatificación de una monja, el avistamiento de un ovni, el nacimiento del bebé más pequeño del mundo, el gato con tres cabezas y el eclipse solar que acarició *su* tierra, *nuestra* tierra, la tierra de todos que era tierra de unos pocos, pero que con *nuestro* esfuerzo, *nuestro* empuje, *nuestro* trabajo mancomunado y *nuestro* coraje seguiría siendo, como en *su* mandato, una tierra rica en minerales y fuentes hídricas, diversa en flora y fauna, con climas y relieves variados, deportistas campeones y artistas laureados, y lo más importante, resaltó, con el dedo en alto, lo más importante, con la fortuna de su gente que era la más alegre y optimista del planeta (*nuestra* gente, *nuestra* alegría, *nuestro* optimismo, *nuestro* planeta).

Abrió los brazos para abarcar la geografía nacional y saludó a los desempleados, a las víctimas de la violencia, a los N. N., a los desplazados de los campos, a los arropados por la miseria, a los comemierdas, a los profesores sin oficio, a los enfermos y a los olvidados, y ondearon a su espalda los colores patrios de la bandera mientras retumbaba el himno, aunque nadie le creía a ese mitómano desvergonzado, como lo aseguraban las encuestas, nadie le creía antes de que volviéramos a reelegirlo por otro periodo presidencial.

VACILACIÓN

Cuando el barbero puso la cuchilla en el cuello y le pidió que estirara más el cuello, le pareció reconocer al esposo de su amante.

DECORO

Le pareció una mañana agradable para inaugurar la huerta comunal. Los vecinos llevaban herramientas en las manos, entusiasmo en los semblantes, incoherencia en los comentarios y carcajadas a flor de labios por cualquier sandez. Escuchó decir a un amigo de la infancia que esa tierra estaba hecha de terrones de chocolate; el rector de su universidad le mostró un puñado de pasto y aseguró que eran hojuelas caramelizadas con yogur; entre risas, un colega del trabajo indicó que en el pozo no había agua, sino pudín.

—Esto no es serio —comentó la voz de un primo fallecido metido en el rostro de un actor de televisión—. Esto está mojado. Alguien está soñando.

Apretó las nalgas y tensionó las piernas. Dejó de orinar sobre el árbol con textura de algodón de azúcar.

CORTESÍA

No era prudente salir a la calle a esa hora, pero estaba muy ebrio por el revoltijo de cerveza, aguardiente, ron y cenizas de cigarrillo que adicionaron a la jarra en el juego de verdades y penitencias, en el que la única verdad era que nadie le creía a nadie. No pidió un taxi ni permitió que lo acompañaran a tomar un bus.

El sereno lo fortaleció en los primeros minutos, antes de filtrarse en el cerebro y enlagunarlo. Un muchacho surgido de las sombras le pidió una moneda, estiró la mano para recibirla y lo sujetó del antebrazo con una advertencia tajante. Sin tiempo para sorprenderse, las esquinas arrojaron a otros muchachos que lo registraron contra la pared. Fue un atraco veloz, como engullir un fondo blanco de licores y cenizas. Antes de irse, le devolvieron los documentos de identidad y un par de monedas para el bus. Eran otros tiempos, refirió durante treinta años, cuando aún había modales.

CARA Y CRUZ

—De rodillas, zelote.
—Prefiero morir de pie antes que vivir arrodillado.
—Así sea.

RENACER

Amordazados, uno tras otro, los libros caminaron hacia la hoguera entre la impotencia de los lectores subversivos. El decreto para reescribir la democracia fue acogido por los intelectuales que criticaron el antiguo régimen, quienes editaron textos complejos y futuristas al lado de tratados simples sobre los nuevos nombres de lo que ya existía.

Los libros de superación personal no soportaron las restricciones y se lanzaron al vacío. Los ejemplares de humanidades fueron torturados; los textos de historia, desmembrados, y los ensayos y las novelas, amordazados. Camino a las llamas, los poemas pícaros dejaron caer migajas de versos. Los pordioseros de palabras aún trafican con esas herejías en el mercado negro.

MANERAS

La mujer cambió el ritmo, miró a los lados y aceleró el paso. El hombre que surgió de las sombras no alcanzó a agarrarla en una persecución de sesenta metros. Ella esquivó a un segundo hombre que pretendió sujetarla mientras la perseguía durante otro trayecto. El tercer compinche de la cacería escalonada logró tumbarla. Con ayuda del segundo perseguidor la inmovilizó en el suelo, desde la cabeza y las extremidades, y le hincó los dientes en la mejilla. El otro arrancó un trozo de muslo.

El que había iniciado la persecución los alcanzó y los increpó por el salvajismo. Recordó las buenas maneras de los antepasados, cuando las carnes se purificaban con fuego y sal antes de ser consumidas.

TENTACIÓN

Pulsó la clave y el botón verde. La pantalla solicitó confirmar la suma del retiro (botón verde). La ranura de los billetes parpadeó, y tartamudeó el sonido del contador mecánico (¡crac!, chasquido de hueso fracturado). El cajero dejó de parpadear y vomitó un papel que el tarjetahabiente no leyó. "Retire su tarjeta", ordenó el cajero (botón rojo). "Gracias por utilizar nuestro servicio", añadió el cajero.

Volvió a intentarlo, teniendo más cuidado al ingresar la clave personal (botón verde) y con las especificaciones que pedía el cajero (botón verde). No apareció la confirmación de la suma, ni el sonido del contador de dinero, ni el parpadeo en la ranura, solo un escueto: "FONDOS INSUFICIENTES", en mayúsculas, y "Retire su tarjeta" (botón rojo). La tirilla de la transacción confirmaba los fondos insuficientes. La otra, que no había leído, advertía que el retiro había sido efectivo en el primer intento.

Confirmó esa transacción en el celular. Había exprimido su cuenta bancaria sin sacar un solo billete. Llamó, entonces, a la línea de atención al cliente, intentó chatear con el asesor virtual y, al final, debió conformarse con presentar una PQR porque nadie lo atendía en horario nocturno. Tampoco había policías que lo auxiliaran o le recibieran una denuncia. El amanecer estaba lejano para hacer guardia en el cajero.

Pensó que, si aguzaba los sentidos, encontraría el elemento que adulteraba el sistema, alguna cuña plástica o metálica que retenía la salida de los billetes. Revisó la ranura, la palpó en los bordes y metió las uñas, pero un golpe seco lo obligó a retirarlas. Volvió a intentarlo, con temor medido, y volvió a sentir el ramalazo en las uñas, como si un resorte interno se activara con su intromisión.

Levantó la pestaña de la ranura e iluminó el interior con la linterna del celular. Casi a ras del orificio, prestos a salir, los billetes se amontonaban. Si maniobraba con exactitud, pensó, podía sacarlos con las uñas, uno a uno, mientras completaba la suma que requería, ni un billete más ni un billete menos, aunque a esa hora tenía tiempo de sobra para desocupar el cajero. Una lástima, pensó, no tener a mano un depilador.

Iluminó con el celular más a fondo para reconocer la trampa metálica que lo coaccionaba. Al final de ese orificio, con la mirada fija sobre el dinero, una culebra lo saludó con lengüetazos bifurcados.

AMBICIÓN

Las hazañas de sus antepasados eran legendarias. Sembraron el pánico en las ciudades y extendieron el horror ante el sufrimiento y la contrición de las víctimas. Atravesaron ríos y mares, nevados y fronteras inexpugnables; pisotearon ejércitos y religiones, filosofías y reinos; todo sucumbió ante su paso inexorable. El mismo miedo se escondió y gimió en secreto durante siglos. Su recuerdo exprime escalofríos. Su cercanía desata impotencias.

La pequeña soñó despierta con aquellas proezas. Incluso renegó de sus antepasados porque no le reservaron una migaja de gloria. Deseaba tener su oportunidad. Anhelaba ser una temible conquistadora, como otras lo habían sido antes que ella, para que la semilla de su estirpe se esparciera en cada rincón del planeta. Empezaría con un perfil bajo, algo básico, como una pulga. Se alojaría en su esófago para obligarla a picar a un roedor, y del roedor pasaría a un gato. De la lengua de un gato podría ingresar en un humano por una herida minúscula, como el folículo de un vello depilado. Una vez adentro, sería cuestión de semanas para resucitar el caos e imponer otro orden en el planeta.

La pequeña suspiró ante esa idea, con la nobleza que esconden los dioses y las bacterias.

ENSEÑANZA

Acompañó al hijo a un salón de consumo amoblado con sofás para los marihuaneros, ceniceros para los fumadores, mesones de cristal para los cocainómanos, sillones retráctiles para los alcohólicos, jeringas y bandas elásticas para los heroinómanos, camillas y pipas para los consumidores de opio, poltronas para los adictos al azúcar y comedores para los devotos a las grasas saturadas. Porros, helados, comida chatarra, salsas, licores, ningún papá escatimaba en gastos en los gustos de sus hijos.

INVASIÓN

Desnudas y danzantes, las palabras castizas treparon a los árboles ante la arremetida de las palabras conquistadoras. Azuzadas con signos desconocidos y normas enrevesadas, debieron retroceder, ocultarse e inmolarse, pese al espíritu de supervivencia que había expandido sus raíces desde tiempos remotos.

Las palabras invasoras avanzaron en cuadrillas, chocaron, negociaron la convivencia, apuñalaron por la espalda, retozaron con las castizas y engendraron palabras mestizas. Las mestizas expandieron raíces y derrotaron certezas y dioses paganos.

SAZÓN

Se acercó al cuello, lamió para anestesiar, clavó los colmillos, succionó con los labios adheridos a la piel y dio pequeños lengüetazos con los ojos extasiados. La escuchó roncar, gemir y suspirar. La música era lenta, acentuada, repetitiva. Los duendes verdes que reían a su lado lo animaron para que la desnudara. Forcejeó con la resistencia del cinturón, del sostén y del cierre hermético de la faja. Aliñó los muslos con pudín, los pezones con *chantilly* y la boca con cerezas almibaradas. Aplicó hielo y *whisky* en el cuello para que dejara de sangrar. Las cortinas se estremecieron.

BIENESTAR

Demoró en contestar la llamada porque estaba ocupada, le dijo, y no porque estuviera corriendo para no llegar tarde a la cita, como él lo insinuaba. Recalcó que era la novia más puntual del universo y sus alrededores, la más consentida y la más necesitada de un besito de su novio que la cantaleteaba.

—Hoy llegué temprano, pa Chuchito, hace quince minutos estoy aquí.

Reveló la sorpresa de la bata transparente que había comprado minutos antes. Confesó el pecadillo de haber consultado el menú que brillaba en la pared de una heladería. En ese lugar coincidió con una monja que parecía sorprendida por un balde de colores y sabores que llamaban *Bienestar*. "¿Cuál será el más rico?", le había preguntado la religiosa con intriga infantil. "Bienestar, hermana", le había respondido ella, y la monja le señaló que así la llamaban en los barrios periféricos: "Bienestar, hermana", cuando ella conseguía recursos para los más necesitados.

—Por eso no he llegado a donde quedamos de vernos, amorcito. Estoy en la puerta de atrás del centro comercial.

No había podido rechazar la invitación de la monjita, quien compró baldes de helado *Bienestar* para las dos. Le confesó a su novio que acompañaba a la religiosa por agradecimiento y amparo, porque en la conversación con ella había descubierto incoherencias, infantilismos, bagatelas y zonas grises que delataban algún tipo de demencia. No solo en las palabras, también en los actos —señaló—, porque, además de lamer un helado gigante que les congelaría el cerebro, la monja había insistido en pagar la cuenta con un par de billetes que sacó de la cartera. "Y la cartera estaba llena de billetes grandes, amorcito, como si hubiera robado un banco, por eso me quedé a cuidarla" —agregó—.

Dijo que había informado a los vigilantes del centro comercial para que avisaran a la policía. Y, como novia obediente del noviecito que adoraba, prometió quedarse con la religiosa mientras él llegaba. Y el amorcito llegó rápido, casi al tiempo que los policías, con un grito que la impresionó:

—Bienestar, hermana —chilló el novio.

Vio la sonrisa ingenua en los ojos de la monja antes de irse del brazo de su novio, quien dedicó a ella y a los policías una genuflexión de agradecimiento.

—¿Qué haces? —susurró ella, sin decirle amorcito, cuando los alcanzó con el balde de helado.

—Hablamos en la casa —respondió el novio entre dientes, con Bienestar en su brazo—. Siempre quisiste tener una hermana.

SUBALTERNIDAD

Desprendieron a la muchachita de las garras de la miseria; le dieron techo, comida y ropa limpia; le enseñaron a leer y a restar; le arrancaron los demonios con el bautizo y el hedor con el jabón, y le permitieron compartir la mesa y el juego con los niños de la familia. Podía vanagloriarse de ser parte de la familia, no solo en la infancia, también durante la adolescencia, cuando acompañó en las labores domésticas a sus benefactores y a los familiares de los benefactores que la socorrieron. Nadie supo las razones que tuvo la muy desagradecida para largarse. Un vacío que debían llenar con la adopción de otra campesinita, indiecita o negrita que necesitara el amparo de una familia.

DESECHOS

En vano esperó a los nuevos jefes en su despedida, solo asistieron los compañeros más longevos de la empresa. La ceremonia fue corta y sencilla, en el saloncito sin ventanas de atrás, donde solían merendar los empleados. Para no incomodar la rutina de los demás, abandonó el edificio por la puerta trasera, la que siempre vio cerrada en su extensa trayectoria laboral. Tras esa puerta halló un cementerio de maquinarias y mobiliarios, cajas de archivo, estantes oxidados, artefactos descontinuados, viejos recuerdos y desechos que alguna vez fueron valiosos en la empresa.

Dejó atrás los desechos con el mismo vacío que deben sortear los escritores cuando van a concluir un libro. Al menos eso pensó mientras se distanciaba de su lugar de trabajo con pasos apolillados. Cerca de allí, entró en una taberna con tufo de excusado. Pidió una cerveza. Se acomodó en una silla. Acostumbró los ojos a la luz cetrina. Escrutó los carteles estúpidos de la pared. Pidió otra cerveza. Contó el dinero que llevaba en el bolsillo. Esperó a que alguien halara la cadena del excusado.

ÚLTIMA PÁGINA

No midió el tiempo que necesitó para parir ese libro. Fueron varios intentos para la gestación en un recurrente complejo de infertilidad. En los primeros meses, que fueron caóticos, debió sobreponerse a la idea repetida de abortar. Luego se acostumbró a los dolores, a las convulsiones fantasmas, a los antojos estúpidos, a los insomnios y a los ensueños despiertos con movimientos bruscos de la imaginación. Soportó, mes tras mes, los tropiezos que lo sorprendían cuando no quedaba espacio para la sorpresa, las ocurrencias que parecieron novedosas sin tener ninguna novedad.

El avance fue lento, como si limpiara un espejo gigante con un copo de lodo. Cuando apareció la llamada *inspiración*, la aprovechó con horarios extenuantes hasta consumirse en el delirio. También se obligó a descansar para continuar. Retomaba el libro con precaución, como si en sus entrañas germinara un monstruo que debiera salir para bien o para mal. Había momentos de júbilo indomable, otros de terca depresión. En su cuerpo se podía leer el desgaste que supuso llegar a la palabra final.

Setenta veces siete lo corrigió y setenta veces siete se desalentó. El día que lo finalizó, puso en la mesa de trabajo el bloque de folios, incrédulo de que tanto trabajo se redujeran a esa estructura que ni siquiera proyectaba una sombra. Acomodó las cuartillas por el borde para llevarlas a la editorial.

Un diminuto punto cayó sobre la mesa. Lo levantó y lo contempló en la yema del dedo. Descubrió también una coma en el cenicero, más allá, un asterisco, una zeta, dos úes, una efe y una virgulilla. Alzó la resma de papel para corroborar, con cautela, que no había más letras ni más signos extraviados, pero miles de ellos se desprendieron de las hojas y se esparcieron en el piso. Fue un torrente de palabras desmenuzadas, de retazos a medio zurcir que no servían ni de trapo viejo.

Se arrodilló para amontonar los caracteres y encajarlos en su lugar. Tendría que acomodarlos uno a uno, corregir, deshacer, encajar, limar y volver a ensamblar. Decidió que esta vez empezaría por la última página.

Sello Editorial
Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

SOS es una señal de socorro que se lee igual hacia atrás, a contraluz, al derecho y al revés, como pueden leerse, en cualquier orden, los relatos que conforman este libro. En total, son ciento cuarenta y cuatro fragmentos de una nación herida que, con la inmediatez del microrrelato, exploran realidades invisibilizadas. Las tres partes de esta colección corresponden a las franjas invertidas de la bandera de Colombia: Sangre (rojo), Obsesión (azul) y Saciedad (amarillo).

Finalista del Premio Nacional de Libro de Cuentos Julio Paredes en dos ocasiones, 2021 y 2023, esta colección de relatos escarba en cicatrices sin sanar con un escalpelo poético.

Sede Nacional José Celestino Mutis
Calle 14 Sur 14-23
PBX: 344 37 00 - 344 41 20
Bogotá, D.C., Colombia

www.unad.edu.co